

Rejo E. R. A.

BUEN HUMOR



Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

EL JOCKEY. — Indudablemente la señorita prefiere la pura sangre a los cruzados.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— *Dos mujeres riñen. La que pierde la batalla intenta después tomar el tren. ¿En qué clase de departamento irá?*

— *En tercera, porque a la tercera va la vencida.*

PERICO EL DE LOS PALOTES.
Criptana.

En un mitin.

El orador perora, y al final de cada párrafo grandilocuente, y aprovechando la pausa, un guasón del público lanza un sonoro rebuzno.

El orador pierde la paciencia y grita indignado:

— *¿Quién es el burro que boz-teza?*

Y el guasón responde:

— *Es que hay eco.*

PIRULÍ DE LA HABANA. — Oviedo.

En una tertulia taurina.

— *Y ¿por qué no toreaste en la primera de feria?*

— *Porque el día anterior actuaba en otra plaza, y en mi segundo toro hice una faena indescriptible: pases de pecho, de rodillas, natu-*

rales, en fin, de todas marcas; tanto me entusiasmé, que cuando llegué a la estación ya era tarde.

— *Para que vean ustedes lo que son las cosas: con tantos pases de primera, y no pudo tomar el tren.*

DUPLO. — Madrid.

— *¿En que se parece la gasolina de un aeroplano a un duro?*

— *En que se gasta volando.*

LOS TRES. — Madrid.

— *¿De dónde vienes?*

— *De casa del párroco, que me ha regalado esta Vida de Santo Tomás.*

— *Te encuentro muy bien ahora.*

— *¡Como no sea porque llevo una vida regalada!...*

JUAN LATINO. — Madrid.

— *Chico, Tomás ha hecho su suerte en Marruecos.*

— *¿Le han dado la laureada?*

— *No; pero en su última carta me dice que está en buena posición.*

FELEPA.

— *¿En qué época interesan más las mujeres pequeñas?*

— *Cuando hay guerra, porque no se habla más que de las bajas.*

DON PAQUITO.

— *Tengo un tío tan gordo, que pesa doscientos kilos.*

— *Y yo tengo un amigo muy delgado que pesa más que su tío.*

— *¿Dónde está ese fenómeno, para verle?*

— *En la estación; es el encargado de la báscula.*

DON REFARD NELO.

En la clase de Dibujo.

— *¿Para qué sirve una escuadra?*

— *Para nada, desde que se inventó el submarino.*

DON REFARD NELO.

— *¿Cuál es el empleo más costoso?*

— *El de bombero, porque siempre van a-pagar.*

UNA BILBAINITA. — Bilbao.

El premio del número anterior ha correspondido a **HAH. Checa, de Madrid.**

En estos días es cuando más indicado está el uso
de los famosos POLVOS INSECTICIDAS de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

== Bases para nuestro concurso de julio. ==

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo agosto.

2.º **Medio billete de lote-**

ría para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de agosto, haciendo el envío por correo precisamente, a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los pre-

mios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de julio, insertos en la página 22. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 20 de agosto se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíasen completamente exactas y los de aquellos que resulten agradecidos con los premios.

1. — De política pura.

EL REY A LAS JURDES

500

LOS POLVOS LEYER SON INSUBSTITUIBLES

LOS POLVOS LEYER SON UNA MARAVILLA

LOS POLVOS LEYER

MATAN MÁS QUE "CHICUELO".

¡¡USAD SIEMPRE POLVOS LEYER!!

E CANÓNIGO

2. — Pensativo.

— ¿Qué te parece el *prima-cuarta* del pobre Romanones?

— ¡Una lástima, hombre, una lástima! Hace unos días *segunda-tercia* paliducho y tristón. Sentóse en un rústico banco del paseo de los Ocho Hilos. Tenía la cabeza entre las manos, y... sudaba. ¡Ya ves, él..., tan fresco siempre!

— Por lo que yo *prima-segunda-tercia*, su preocupación obedece a haberle dejado *cuarta-tercia* sus *amiguitos* Santiago, Manolo y Melquiades....

— Entonces, claro, por eso hállase tan *Todo*.

3. — Frase que puede hacer un hortera "bien".

HUESTE DE MILLÁN ASTRAY CANA

JOSE MARTINEZ RUIZ

N 1

CRIPTANA, PUEBLA DE DON FADRIQUE,

QUERO

4. — Preferencia por una profesión.

SOLTERO

5. — Fruta del tiempo. (Cantar grotesco fugosilábico-camelístico).

EL * PI * QUE * DIS *

JUN * AL * RRO * LA * TE,

CO * E * UN * PI * DU *

NO * PU * HIN * EL * TE.

6. — Animales.

F L



Puede Vd. ser
OPTIMISTA
después de usar la
PASTA
D E N S

que le permite ostentar una dentadura
blanca y una boca fresca y perfumada.

TUBO 1.50

Ayuntamiento de Madrid

MANDANGUICULTURA

PÉREZ, desastrado, ham-pón, mugriento y boquiabierto, se me ha aparecido limpio, rozagante, satisfecho y chorreando abundancia.

— ¿Tomamos algo? — me ha dicho —. Yo pago.

Esta nueva fase de Pérez pagador ha venido a colmar mi estupefacción, y he pasado revista *in mente* a los grandes sucesos que pueden haber influido en esta variante del dilecto amigo. ¿Herencia? ¿Robo o desfalco? ¿Mujer guapa? ¿Moneda falsa? No atinando con la lógica explicación del cambio de fortuna en el que he conocido y clasificado como perdulario, bohemio, avisado y sacadineros.

— Pérez — le he dicho con voz suplicatoria —, no podría vivir un minuto más si no aclarase el misterio. Usted es el mismo de siempre, ¿verdad? El que conocí a bofetadas con el hambre en particular, y a puñetazos con la existencia en general, y que ahora se me presenta esplendoroso y florido. ¿A qué obedece tal opulencia?

— A la filosofía, al estudio y al trabajo.

— ¿Filósofo, estudioso y trabajador usted? Vamos, prefiero que me confiese la verdad. ¿Ha sido con escalo, o simplemente timo?

— ¿El tener yo dinero? ¡Ni lo uno ni lo otro! Aunque no hubiese rechazado ambos medios, por considerarlos perfectamente lícitos y lógicos para ser aplicados por aquel que los necesite.

— ¿Entonces?...

— Me he hecho profesor.

— ¿De qué?

— De mandanguicultura. Verá usted: desde que la Gran Guerra hizo que muriera tanta gente, habrá usted notado el afán de vivir que nos ha entrado a los demás, y, por añadidura, de ser fuertes, activos, trabajadores, dominadores de la voluntad, héroes del éxito. Pues bien: he pensado en el gravísimo error que esto significaba, y he procurado extender mis teorías entre aquellos que pensaban como yo.

— ¿De modo que usted?...

— Enseño a no hacer nada; en una palabra, a ser un perfecto mandanga. ¡Qué educación de voluntad, qué afán de rehacer la vida,

qué anhelo de máximo de trabajo y qué calabazas rellenas! ¿Es que los hombres somos bueyes, salvo determinadas y honrosas excepciones?

— No, en general no lo somos.

— ¡Pues entonces!... Mis lecciones tienden a enseñar el perfecto modo de vagar, la manera más cómoda de aprovechar un sillón, los infinitos temas que pueden iniciarse para entablar una discusión que no nos importa, la indiferencia ante cosas de valor y de interés; en suma, vivir y no hacer nada.

— ¿Muchos alumnos?

— Muchos. Al principio se me resistieron, ¡infelices!, porque las predicciones de los periódicos y las frases rimbombantes de los oradores habían dejado una semilla difícil de destruir; pero yo lo he conseguido, y en mi ayuda han venido esos sillones de mimbre que los Casinos sacan a la acera, los tranvías abiertos, los *tés-foxtrots*, la abundancia de corridas taurinas y las excursiones automovilistas. Tropiezo a veces con un señor que candorosamente está enfrascado en operaciones financieras, y que sólo habla de carpetas, de obligaciones, de moneda extranjera y de cheques. Bien. Le digo que me explique todo lo que significa aquello, y de pronto le digo: «¿Usted conoce a Chon?» «¿Chon?», me replica extrañado. «Sí, hombre; una linda tiple del Reina Victoria.» «No voy al Reina Victoria.» «Ha llegado el momento de operar!», me digo. Le llevo al teatro, le presento a dos tiplecitas del conjunto, le indico dónde está la Cues-



Dib. SILENO. — Madrid.



EL ÚLTIMO CHISTE DE «LOS NUEVOS RICOS»

EL NUEVO RICO. — *Mi hija quiere coger cangrejos en las rocas; te doy cinco duros porque la acompañes.*

EL MARINERO. — *Bien. Pero habrá que esperar a que baje la marea.*

EL NUEVO RICO. — *¡Mi hija no espera a que baje nada!... ¿Cuánto vale la marea?*

[Dib. DEMETRIO. — Madrid]

ta de las Perdices, le descubro la agradabilidad del champagne o de la manzanilla, y le aparto de sus preocupaciones financieras. Aquel hombre a los pocos días comprende que en el mundo hay algo más que la Bolsa, y me pide nuevos datos, me confiesa que su vida anterior era idiota, reconoce que es preferible el paraíso que le he proporcionado, y se echa en mis brazos agradecido. «¿Agradecimiento?— le replico—. ¡No es por ahí! Mis honorarios son tanto.»

— ¿Y paga?

— ¡Encantado! Aquel hombre ha sido un conquistado a la mandanguicultura, y se siente plenamente

satisfecho. Ni uno solo se me resiste, porque comprenden que los he hecho un señaladísimo favor al trocarles su vida de trabajo y de aburrimiento por otra más agradable, en la que la vagancia es uno de los principales elementos.

— Pero así está usted haciendo un perjuicio a la Humanidad.

— ¡No diga usted tonterías! Todo está inventado, todo resuelto, y no tenemos necesidad de que nadie trabaje más para proporcionarnos ni aun nuevas comodidades. Hasta en materia de cocina se ha dicho la última palabra. ¿Sabe usted de cuántas maneras se pueden poner los huevos? De treinta y siete. ¿Y

volovanes? De diez y ocho. Ya ve usted que no necesitan los sabios laborar mucho para que tengamos resuelta la cuestión de la pitanza. Nada hay que hacer, nada hay que resolver. ¡Viva la holganza y el no hacer nada! Vaya, me voy, que tengo a estas horas clase para dos neófitos que se proponían estudiar la carrera de médico, uno, y la de arquitecto, otro; pero, afortunadamente para ellos, los conocí a tiempo, y han desistido.

— ¿Qué les va usted a enseñar?

— A beber unos vasos, a cruzar las piernas y a ver cómo asciende el humo de los cigarros. Usted pagará esta consumación, ¿verdad?

— ¡Pero si me ha convidado usted!...

— Sí; pero el pagar significaría un esfuerzo, un trabajo, y eso me deshonoraría. No hay que hacer nada, absolutamente nada. ¡Salud!

Y, contoneándose, Pérez desapareció calle abajo.

A. R. BONNAT

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XXXVI

Querido Bermúdez: Recibí tu carta con algún retraso, y no por culpa de Correos, aunque parezca mentira, sino por haberme ausentado de Málaga. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Te decía en mi última que pensaba hablar a la rubia con una claridad meridiana y poner los naipes sobre el tapete. El mismo día en que te escribí salí a echar la carta al correo, torné al hotel volando, porque, como dice el refrán: «En las alas del deseo, mi ilusión la vi flotar», y me encontré con que la chica estaba ya en el comedor *abrochándose* un tazón de café con su correspondiente pan y la manteca que por clasificación le correspondía.

Nos contemplamos breves momentos en silencio, al cabo de los cuales le dije:

— ¡Esto no puede seguir así!...

— ¿Cómo?...

— ¡Así! ¡Hay que reducir gastos!

— No te comprendo.

— Que estoy pagando dos habitaciones, y es preciso que no pague más que una. ¿Entiendes?

— Muy poco.

— Quiero decir que, cuando llegue la hora de irse cada mochuelo a su olivo, haya por una vez en el mismo olivo dos mochuelos. ¿Me explico?

La chiquilla, ante aquella atrevida frase, se puso más encendida que la Adua-

na de Málaga, y bajando los ojos me respondió:

— ¡Ya lo creo que te explicas!

— Y bien...

— Ya falta poco para la felicidad; pero exijo una cosa.

Loco de alegría le respondí con el conocido refrán que dice: «La que manda eres tú, y el esclavo soy yo.»

— Pues bien — añadió —: la locura que esperas de mí, no la cometeré aquí; vámonos a Melilla, pongamos tierra por medio.

— Querrás decir agua.

— Lo que quiero es irme lejos: esta tarde sale un barco; partamos, y mañana..., mañana sabrás lo que yo soy para ti.

Para qué voy a explicarte lo que pasó por mí. Cegado por la dicha que ante mis ojos se presentaba, quise abrazar a la rubia; pero en mi atolondramiento no me fijé en que tiraba al suelo todo el servicio del desayuno.

— ¡No te escurras, por Dios! — me dijo la muchacha.

Y no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando ya había dado yo en tierra con mi cuerpo, al resbalar sobre la mantequilla que acababa de tirar.

Pasado aquel intermedio cómico, salimos a hacer unas compras: medias de seda, camisas de seda, pantalones del mismo metal, zapatos...; dijérase, en una palabra, que estaba equipando a una novia.

Regresamos al hotel en un coche atestado de paquetes; subimos a nuestras habitaciones, y, una vez solos, exclame:

— ¿Estás contenta?...

— ¡No lo sabes tú bien!

— ¿Qué puedo esperar de tí?

— Todo; pero guarda un poco de compostura.

Empezó a deshacer los lios, y entregándome las prendas interiores, me dijo con la más sugestiva de las sonrisas:

— Estas camisas, estas medias y estos pantalones son para que me los pongas tú...

— ¿En Melilla?

— No, aquí...

— ¡Aquí! ¡Con alma y vida!

— Sí, aquí, en esta maleta, con mucho cuidado para que no se arruguen.

Pero, nenita, ¿me estás tomando el pelo?

— Paciencia, hijo, paciencia; tú, que eres tan refranero, acuérdate del refrán que dice: «Nuestro porvenir está en Marruecos.»

Pasado un rato, durante

el cual me dediqué a dejar listos los equipajes, manifesté a la muchacha que yo necesitaba despejarme, porque estaba como un reo en capilla.

— Entonces nos iremos al Palo — respondió —: aquellas hermosas vistas te despejarán.

Reasumiendo, como dicen muchos senadores: que llegó la hora de embarcar, y lo hicimos en el *Vicente Puchol*, para llegar por la mañana a Melilla.

Una vez a bordo respiré con ansia el aire del mar, y pensé en el famoso refrán: «Dichoso aquél que tiene su casa a flote.» Te hago gracia de la travesía, porque nada nos ocurrió, ni, por fortuna, nos cruzamos con ningún conocido en el camino. Si te diré que a la vista de la plaza mi corazón se inundó de gozo, y sin poder contenerme empecé a recitar aquel refrán popular que dice:

«¡Tierral, gritó ante el altar el sacerdote con ira.
¡Tierral, repitió la lira, etc.»

Desembarcamos, y la muchacha murmuró a mi oído:

— Ha llegado el momento de que pidas una sola habitación, con una sola cama.

A punto estuve de desmayarme; pero comprendiendo que en aquella ocasión tenía que mostrarme fuerte, disimulé.

Hicimos nuestra entrada triunfal en el hotel, donde la rubia me suplicó que subiese a la habitación que yo acababa

de pedir para deshacer el equipaje, en tanto ella escribía una carta urgente.

No había pasado un cuarto de hora, cuando surge una camarera con un sobre en la mano, y pregunta:

— ¿Don José Íñiguez?

— Yo soy.

— Esta carta urgente.

Abro el sobre, la leo, y... ahí tienes el contenido, que, copiado a la letra, dice así:

«Señor de Íñiguez; lla le dije que podía usted esperar todo demí. y como no quiero faltar a mi Palavra le digo que lla no bolberá a bermen jamás de losgama-se. Qe le boya cer, la Bida es así. Sulla que no lo es, FE HITA.»

Comprenderás todo lo que sufrí, lo que pasé, lo que cavilé. Lo ocurrido no tenía explicación; pero una segunda carta, recibida por la tarde cuando me disponía a salir de la fonda para tornar a la Península, aclaróme la verdad. La misiva en cuestión es la siguiente:

«Sr. D. José Íñiguez. Muy señor mío y de mi mayor consideración y respeto: ¡Gracias, muchas gracias, dos millones de gracias! Lo que ha hecho usted por mí no sé cómo pagárselo; apúntese tres millones de gracias más, y si le parecen pocas, apúntese siete. Las circunstancias de la vida me obligaron a alistarme en el Tercio, teniendo que dejar en Madrid a mi novia, a la que no pude traer conmigo como era su deseo por la falta

de numerario. Y usted, con un altruismo y un desprendimiento que nunca agradeceré bastante, la ha puesto a mi lado, y gracias a usted hoy he podido estrecharla entre mis brazos. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Diez millones de gracias, noble señor! Le abraza, le admira y le venera, CARLOS TERCERO, cabo de Legionarios.»

Llevo dos horas en Málaga, en donde pienso estar un par de días para reponerme de las impresiones sufridas y ver si me admiten en las tiendas, aunque sea perdiendo algo, las prendas que compré a la legionaria, y que quedaron en mi poder. ¡Adiós, querido Bermúdez! Hasta pronto, se despiden tu buen amigo, que puede repetir orgulloso aquel refrán que los historiadores ponen en boca de Francisco I después de la batalla de Pavía: «Todo se ha perdido, menos el honor», ¡y el equipo, que se ha salvado!

Te abraza

PEPE ÍÑIGUEZ.

Por la goma y las tijeras, que no saben firmar,

TORRES-ASENJO



Dib. CELSO. — Madrid.

— A los pies de usted, marquesa...

— Beso a usted la mano, caballero.

— ... digo que a los pies de usted está el perrito comiéndose una indiscreción...

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

III

En mi crónica anterior me quedé con un pie levantado sobre el primer peldaño de la escalera del Grand Hôtel, sin referirles a ustedes cómo la había subido y cómo me había acomodado en mi habitación. Esto en sí no tiene nada de interesante; pero, en cambio, lo tiene, y mucho, el hecho de que el cuarto que ocupo es el mismo en el que falleció de viruelas el año 1870 la célebre Naná, heroína de la novela que lleva su nombre, original y en prosa del escritor famosísimo en todo el mundo (aunque no tanto como yo) Emilio Zola.

No he de negarles a ustedes que me alarmó mucho la noticia de que había habido una enferma variolosa en el aposento que me destinaban; pero la camarera me hizo saber que, desde el año 70 hasta la fecha, se había desinfectado cuidadosamente la habitación, y no había motivo para temblar. No obstante temblé..., pues aunque ustedes crean que el haber muerto Naná en el referido cuarto no tiene naná de particular, sí lo tiene..., porque pagaré el hospedaje con la tarifa que aquí se gasta para las habitaciones históricas; y es facilísimo que las viruelas de Naná den lugar a que me revacunen a mí con la cuenta...

Aparte de esto, la linda camarerita me

hizo observar que las viruelas no suelen cebarse en los hombres delgados como yo, que realmente soy de una delgadez aterradoramente pasmosa, indescriptible, hasta tal extremo, que debo advertirles a ustedes que, aunque lean muchas veces en BUEN HUMOR artículos firmados por Sinesio Delgado, pueden asegurar formalmente que yo soy una barbaridad más delgado que él, a pesar de que tengo la modestia de no hacerlo constar cuando firmo...

Quedamos, pues, en que me resigné a acabar de honrar el cuarto que Naná había dejado ya bastante honradito, y a los pocos instantes de instalarme penetré el *régisseur* provisto de un gran cuaderno con el fin de sentarme en él, cosa ordenada por la Policía para el Registro de Viajeros. Yo, que estaba bastante cansado del viaje, hubiera, naturalmente, preferido echarme un cuarto de hora en la cama, a sentarme en el cuaderno; pero me conformé con lo dispuesto por la ley, y exhibí mi pasaporte.

Este documento, elaborado a brazo en la Dirección General de Seguridad de Madrid, hará que a mi regreso tengamos un disgusto gordo Millán de Priego y yo, porque resulta intolerable que en él se afirme que yo tengo: «estatura, regular...; nariz, regular...; boca, regular...»; y ni por galantería siquiera se diga que tengo algo

bueno... Bien es verdad que el *régisseur* me evitó el sonrojo, porque no se dignó mirar el pasaporte, limitándose a tomar el número, y devolviéndome el documento con una reverencia y una sonrisa, que si la Pompadour se las hubiese dedicado a Luis XV, habría conseguido que le aumentase en un 50 por 100 el dinero que le pasaba todos los meses...

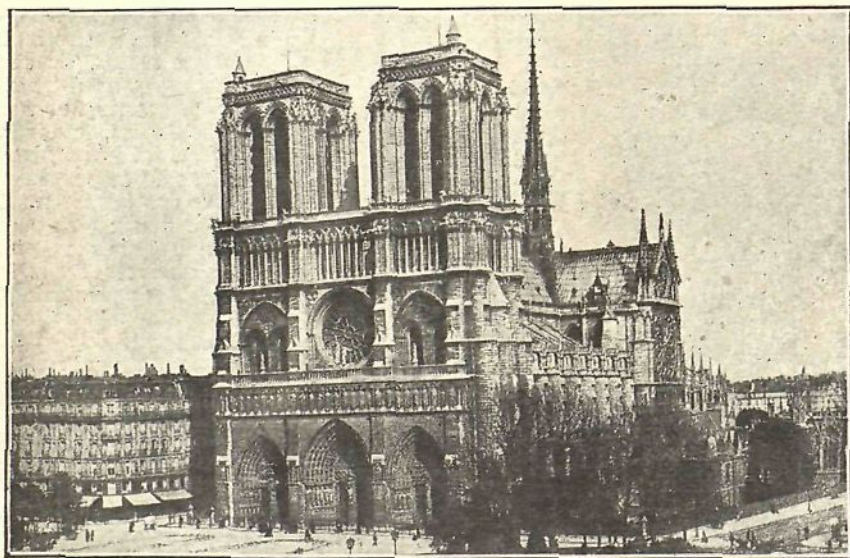
Acto seguido, me rogó que le entregase mi tarjeta para colocarla en el fichero del vestíbulo bajo el número de mi habitación, y ni que decir tiene que atendí su ruego depositando en sus manos una resplandeciente cartulina, en la que decía únicamente y con elegante sencillez: E. POLO.

¿Ustedes han visto alguna vez la cara de un cesante que ve en la lista oficial que le ha tocado el obeso de Nochebuena? ¿Ustedes se han figurado el gesto de suprema dicha que dibujó la griega fisonomía de Loreto Prado el día que Chicote le pidió relaciones, con promesa de casarse al mes siguiente?... Pues esto es una cosa pálida, casi anémica, si se compara con la seráfica expresión del *régisseur* al ver mi tarjeta.

Aquel hombre sonrió, dilató su pecho, aspiró de una bocanada un metro cúbico de aire, sintió en sus mejillas el fuego de un rubor repentino, se agarró al respaldo del sillón, y dijo con acento de estupor, mezclado con regocijo, disuelto en admiración, con unas gotas de anonadamiento y cien gramos de frenético entusiasmo:

— ¡Oh!... ¡Monsieur E. Polo!... ¡Quel heureux hasard!... ¡Monsieur E. Polo à Paris, et dans le Grand-Hôtel!... ¡Quel le jolie surprise!...

Como comprenderán ustedes, me quedé loco... ¿De manera que en París era yo sencillamente popular, hasta el extremo de hacer doblar el espinazo al *régisseur* del hotel más caro del mundo?... ¡Qué humillación más enorme para García Alvarez, Muñoz Seca y Arniches, que, ¡los pobrecitos!, se habían figurado que nadie podía sobrepasar su popularidad de hombres graciosos y fenomenales!... Huelga decir que empecé a darme un pisto espantoso, y que contesté con un mohín de desdén (estilo Raquel Meller) a los cálidos entusiasmos del hombre del cuaderno, que se precipó de cabeza por la escalera lanzando alaridos en loor y obsequio de mi persona... No pararon aquí las misas, pues no habían transcurrido cinco minutos cuando ya estaban estacionados delante de mi cuarto unos cincuenta servidores y servidoras del hotel, pretendiendo observar mis movimientos por el ojo de la cerradura, por el montante y por debajo de la puerta... Yo oí emocionado sus cuchicheos, y hasta sorprendí a doce camareras que, por turno pacífico, formando cola, y al grito de ¿quién da la vez?, besaban con amoroso frenesí la tarjeta que yo acababa de entregar al *régisseur*... ¡La cosa se



«NOTRE-DAME»

O para decirlo más claro: Nuestra Señora. O más claro todavía: lo que pudiéramos llamar *catedral* de París. Aquí la llaman *iglesia metropolitana*. Cuando repican gordo (y repican gordísimo, porque hay cada campana que mete miedo), oficia el arzobispo metropolitano, por lo cual afirmamos que París tiene dos metropolitanos: el ferrocarril y el arzobispo. Pongo el ferrocarril delante, porque si pusiera al arzobispo delante del ferrocarril le atropellaría, seguramente. Las soberbias estatuas que adornan la fachada están sufriendo un deterioro particularísimo, que, aunque a ustedes les parezca una broma, es un hecho rigurosamente exacto: se les están desgastando las narices; y, según gentes peritas, es por efecto de ciertas emanaciones sulfurosas del aire de París. Aconsejamos a Sánchez de Toca que venga aquí y procure sulfurarse, pues lo que en las estatuas es una tragedia, en él sería una risueña felicidad.

complicaba!... Pero ¡Dios mío!... — pensaba yo —. ¿Qué obras de mi ingenio conocerá esta gente? ¿Dónde las habrán leído? ¿Me habrán traducido al francés sin yo saberlo?... Y, a decir verdad, a cada instante que pasaba, me ponía más tonto...

Una frase suelta que escuché a una de las camareras me hizo, al fin, comprender que podía haber una ligera confusión, y que lo sucedido no debía envanecerme prematuramente. La frase, fué la siguiente:

— ¡Yo no creí que era tan guapo, a no ser que en las películas se cambie la fisonomía!

Y a esto contestó un *garçon*:

— ¡Lo que yo veo es que este hombre se ha quedado muy delgado!... ¡Quién le ha visto y quién le ve!... ¡Si era un atleta épouvantable!...

— Pero ¿seguirá conservando aquella fuerza que tenía? — dijo otra camarerita —. ¡Me gustaría experimentarlo por mí misma!... ¡Oh, Eddie, qué gentil eres, y qué deseos he pasado de conocerte!...

¡Este último me aclaró todo el enigma, y me hizo la mismísima pascua!... ¡Sí, señores, todo había sido una modesta *plancha* por parte del *régisseur*, y un soberbio taller de planchado por parte mía!... ¡En el hotel me habían tomado por *Eddie Polo*, ese pedazo de animal que tanto éxito alcanza en los cinematógrafos...; y conste que le llamo animal porque vive en América y porque no entiende el castellano; que si lo entendiera y viviese más cerca, moderaría mis ímpetus, y me callaría prudentemente!...

IV

Hay en París una costumbre (que nunca creeré que he alabado bastante, aunque me pase alabándola el resto de mi vida), y es la de besarse en las esquinas, en las paradas de coches y en las bajadas a las estaciones del *Metro*, las parejas felices de enamorados que se encuentran a la hora de la salida de las oficinas, tiendas y grandes almacenes. La escena es edificante y conmovedora; generalmente, suele ser el caballero el que espera a la dama, aunque a veces he visto damas en las esquinas esperando a los caballeros (esto también pasa en Madrid, si bien a horas más avanzadas!); pero lo emocionante, lo sugestivo, lo precioso del lance, es el beso: un beso franco, rotundo, largo, pero, jeso sí, elegantísimo; nada de hidrofobia, nada de ojos inyectados, nada de ataques de epilepsia, de gastralgia y de disnea como los que nos acometen a los madrileños cuando las novias nos permiten que las besemos, que es, por término medio, a los diez años de estar en relaciones, y cuando no lo puede ver ni el gato.

Este beso de los enamorados de París, que, además, no es más que uno al medio día y otro por la tarde (hablo de los administrados en plena calle, porque de los besos a domicilio, y con nocturnidad, alevosía y desprecio del sexo, no quiero ocuparme), este beso, repito, es una de las conquistas de la democracia que más envidio yo al pueblo francés. No les importa

a los *osculadores* que les observe un guardia, ni al guardia le importa tampoco que se *oscule* la gente en su presencia. Contempla el beso, se mete una guía del bigote en la boca, la degusta como si fuese un caramelo para disimular la envidia que le da, y aquí no ha pasado nada.

¡Exactamente lo mismo que en Madrid!... (¡Qué más quisiéramos!...)

¡Con decirles a ustedes que una vez que se me ocurrió besar a una chica pantalonera (algo *independiente* en sus opiniones) por detrás del Tiro de Pichon, y nos vió un guardia, se empeñó el hombre en imitarme, y si no le permito que la mordiera la nuez, la nariz y la nuca, y la pusiese como un guiñapo, me hubiera llevado a la Comisaría, a la cárcel y al patíbulo!

¡Y por ahí anda todavía el *guindilla* susodicho, que, no harto con haberse casi merendado a la pantalonera, se casó con ella a los dos meses para evitar una congestión cerebral!...

La pantalonera me lo ha dicho después muchas veces con estas lapidarias palabras:

— ¡Chico, yo sabía que los guardias eran unos ansiosos...; pero el mío es un fenómeno!...

¡En España, y en cuestiones de mujeres, todos somos guardias!...

V

En este momento regreso de la iglesia de Nôtre-Dame, donde he asistido a un solemne *Te Deum*...

Y ahora mismo me encuentro en la pastelería *Rumpelmayer* (*rue de Rivoli*, 226), tomándome un té con pastas, y leyendo las últimas noticias del *The Times* y unos artículos festivos del *T B O*...

Todo esto quiere decir que hoy he batido el *record* de los té.

A mi lado gime una señora enlutada, y por el dolor que demuestra sospecho que también le han dado el té...

Consigo averiguar que es una pariente lejana de madame Bassarabo (y no Bessarabo, como escriben los periódicos queridísimos de Madrid), que llora de resultados del fallo que condena a veinte años de trabajos forzados a su distinguida allegada... Yo entro en conversación con ella, y tengo la suerte de consolarla inmediatamente con dos observaciones primorosas.

Una de ellas es la de que Poincaré proyecta implantar la jornada de ocho horas para los trabajos de los presidios, lo cual reducirá grandemente la pena de su pariente.

Y otra es que madame Bassarabo (y no Bessarabo, queridos colegas de la villa y corte), que tuvo el atrevimiento de partir en trozos a su víctima y meterla en un baúl (es decir, mandarla al otro mundo), no ha sido condenada a muerte por una delicadeza del Jurado.

¡Porque el Jurado no ha querido ofender a la víctima, haciendo que la Bassarabo se muriera por sus pedazos!...

ERNESTO POLO.

París. — Grand Hôtel. — Junio.



EL «BOULEVARD MONTMARTRE»

Uno de los once nombres con que se designan las diferentes secciones de la gran calle que empieza en la Magdalena y acaba en la plaza de la Bastilla. La longitud de esta vía es de cuatro kilómetros y medio (como verán ustedes, es más larga que Romanones), y el número de transeúntes que la frecuentan es superior al número de devaneos que ha tenido Chelito en este mundo (una friolera). No cuesta ningún dinero pasear por esta calle, cosa extraña en París, donde lo cobran todo, y en ella se encuentra uno con un teatro en cada esquina, dos cafés en cada casa, un restaurante en cada piso, un guardia en cada farol y un pisotón en cada callo. Como apreciarán ustedes en la fotografía, hay muchos más autos que en un juzgado de Madrid, y los árboles tienen hojas, cosa que no ocurre con los de nuestra calle de Alcalá...



Dib. MARTÍN. — San Sebastián.

ELLA. — ¡Qué larga se me hace la vida sin él!... ¡Y pensar que todavía tardará dos meses en volver!...

EL CRIADO. — No se apure, señorita. También se fué mi mujer, y no sé cuándo vendrá.

ELLA. — Se iría con algún sinvergüenza, ¿no?...

EL CRIADO. — ¡Con su marido!...

MAÑOSÍSIMO

Si de cerca y despacio se examina a mi apreciable jefe de oficina don José de la Maña, hay que decir que, así por sus virtudes cívicas como varias aptitudes, hombres de su calaña se encuentran muy poquitos en España. Funcionario celoso, activo y laborioso, le aflige y le encoroca que no salgamos cuando dan la hora: que es autor de la frase consabida, por todos celebrada: «Si no somos puntuales a la entrada, seámoslo siquiera a la salida.» Hace una letra tan gallarda y clara, que el propio Iturzaeta la envidiara, y con el raspador, corrigiendo una falta es un primor. No hay nadie como él para afilar hojas de maquinillas de afeitar, y no hay otro como él para hacerse boquillas de papel. Tiene aptitudes para el arte gráfico, sobre todo en dibujo topográfico, que en su temperamento minucioso resulta de un detalle portentoso. ¡Hizo en pelo un retrato de Frascuelo, que todo el mundo dice que está al pelo! Compró un biombo muy estropeado, y él se lo ha restaurado, imitando arabesca fantasía, combinando billetes del tranvía.



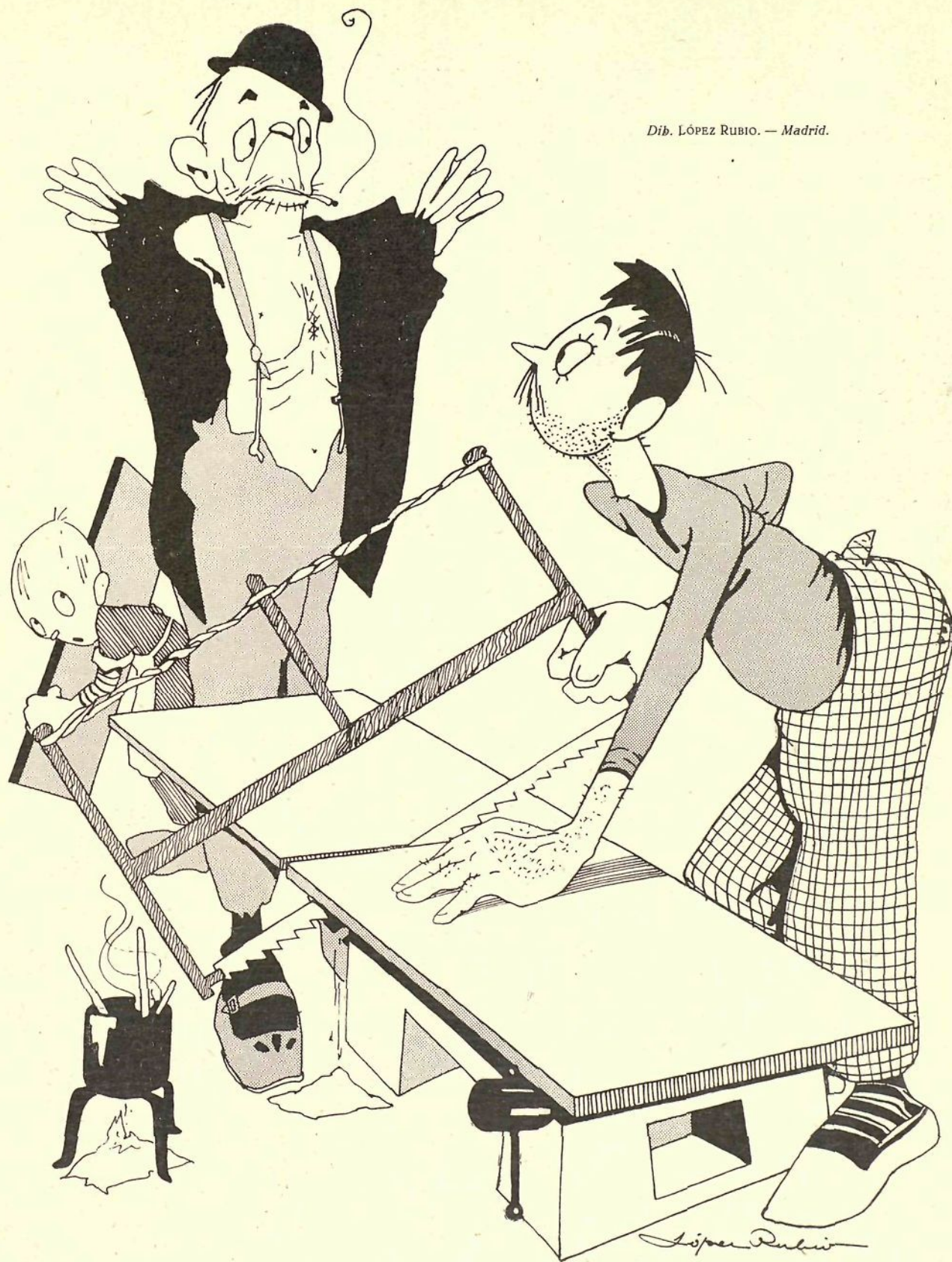
Dib. JAIME.

— ¡Este vino es una birria!... ¡Está poco católico!...

— ¡Hombre, no hay derecho a decir eso de un vino que está hasta bautizado!...

CARLOS LUIS DE CUENCA.

Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.



— Oiga, amigo: hace ya varios días que se coloca usted ahí como si fuese a bailar la rumba, y eso es intolerable. ¿Se puede saber qué desea usted?

— Yo, nada. Es que no tengo recursos, y el médico me ha recomendado los aires de la sierra.

Ayuntamiento de Madrid

LAS COSAS DE LOS TEATROS

OTRO CRIMEN



Los dramaturgos policiales han realizado otra hazaña de esas a que nos tienen acostumbrados. Esta vez ha sido *La mano fantasma*. No he de referir a ustedes que en la obrita suceden varias desgracias, y sí la última, que es la de que el público no resiste hasta que la obra termina. El día del estreno de *La mano*, parte del público no se aguantó a ver el truco sensacional de la inundación del subterráneo.

¡Y cuidado si era emocionante ver aquellos chorritos que caían en escena, con su murmullo suave y todo! Pues, a pesar de todo, ¡nada!

¿ES CIERTO?

Nos aseguran que un *policia* está urdiendo el más maravilloso de los dramas conocidos hasta el día. Se trata del suceso del inglés Lefevre y de la Princesa Nadia.

Juramos con la mano puesta en la víscera cardíaca — ¡hay que ponerse a tono! —, que la tal comedia nos inquieta, hasta producirnos asfixia de la emoción. ¡Ya nos imaginamos al actor Sr. Aguado retorciéndose en escena, presa de horribles dolores y clamando por la justicia!

— ¡La Princesa — la Princesa será la Sra. Mariscal — dice que tengo eso del *tétanos*... ¡Ella sí que tiene buenos *tétanos*! (El público mirará a la actriz y al sitio adecuado.) ¡Lo que me ha dado ha sido el opio! (Nosotros lo creemos en seguida, porque la actriz Sra. Mariscal es de las que dan el opio. ¡Ya lo creo!)

LAS DOS DORAS

En los Jardines del Retiro ha debutado una compañía de opereta italiana, que nos ha parecido excelente. Y más excelentes aún las dos

tiples principales de la compañía: Dora Domar y Dora Theor.

Hay quien dice, por el tamaño de la primera, y por otras cuantas cosas más, que no se llama Dora Domar, sino *domadora*. Así como se afirma también que la segunda tampoco es Dora Theor, sino Teodora.

No sabemos qué pueda haber de cierto en todo ello: lo único que afirmamos es que el empresario, Mariano Serrano, que es un barbián, está realmente encantado, y así nos lo ha dicho:

— Estoy satisfechísimo. Son muy guapas y muy buenas artistas las dos Doras! Es un sueño esto.



Dib. ODARIEL. — Ávila.

— No te puedes figurar el disgusto que tengo: me han robado esta tarde el reloj de oro.

— ¡No te apures!... Las cosas se van conforme vienen.

Y Manolo Merino, el popular autor y representante de la compañía, ha ratificado en seguida.

— Sí; es un sueño... Un sueño dorado.

JOSÉ L. MAYRAL.

Las doce horas, o no hay que darle más vueltas.

Cercedilla. Madrugada del domingo. El frío cortaba la cara como cualquier as del afeitado. Dispuestos a encaramarnos en Siete Picos, íbamos carretera arriba para ver las carreras de motos. Mi compañero de expedición me hizo observar el color brumoso, parduzco, de los Siete Picos.

— Van a creer — le dije — que vamos de picos pardos...

No me pegó, pues ya, antes, en vista de que yo no hacía más que pedirle pitillos, me dijo que le iba a salir por un pico, y, además, que no se pedía con siete..., con Siete Picos a la vista. Pero el que salió después por un pico fué el Sol. Sí. Mi compañero se extrañó de verle salir tan colorado, poco a poco.

Y comenzó a desvariarse:

— ¿Dónde se meterá de noche el Sol, que sale así, como un tomate, y luego se pone...

— ¡Claro que se pone!...

— ... y luego se pone insoportable, echando chispas?... Daría de buena gana mil pesetas a quien pasara una noche donde diera el sol...

En estas y otras razones estábamos cuando llegamos a Guadarrama, la patria de los héroes de García Álvarez. El pueblo, en silencio. De pronto, canta una perdiz; luego otra, y otra. Más de cuarenta perdices. Y cantan las cuarenta. Luego canta un gallo, y otro, y otro. Suenan más gallos que en el Real. Uno se asoma sobre la barda de un corralizo; pero, al vernos, se espanta y desaparece. No nos extraña, pues ya conocíamos las *espantás* del Gallo...

Dada la impresión bucólica, diré que a poco todo el mundo se despertó y comenzaron los preparativos de las carreras. Autos y más autos, motos y más motos. Enorme gentío. Saltamos un crecido arroyo para situarnos mejor. Un chico pasa cerca de nosotros con un cartel en el que se lee:

La mejor moto, la que siempre vence,
ES LA
HARLEY-DAVIDSON

Esto parece un reclamo, ¿verdad?... Pues lo es. Tengan ustedes en cuenta que estábamos en Guadarrama, y que la Harley-Davidson es la mejor moto que existe.

Y comenzaron las carreras. Sí, señores; comenzaron las carreras de espectadores, pues la Guardia civil quiso abrir paso a las motos que iban a correr y el público se llamaba *andana*. Querían perma-

necer quietos. (Para los extranjeros, «anda-na» quiere decir «nada anda», «anda na».) Pues bien: los guardias dejaron la carretera como quisiera tener su cabeza Natalio Rivas: despejada.

Nueve motos grandes se colocaron en línea. *Paf, paf, paf...* Parecían cardíacas. Y he aquí lo grande: las nueve motos salieron disparadas al bajar un señor un banderín rojo. ¡Estupendo el nuevo sistema de poner las motos en marcha! ¡Cuánto más cómodo no es eso que darle con fuerza al pedal, apretar clavijas y otros procedimientos seguidos hasta aquí... Parece que ahora pondrán en marcha sus máquinas así todos los motoristas. Es un procedimiento más cómodo, para el que puede utilizarse cualquier amigo.

Comenzaron los comentarios, las apuestas. «¿Quién obtendrá el primer lugar?», se decían los aficionados. «¿Lo sacará Gigante?» «¿Lo sacará Zacarías?»

Estábamos a pleno sol y estábamos asombrados. ¡Qué modo de correr! ¡Doce horas corriendo como si fueran a cobrar el gordo de Navidad! ¡Y venga pasar por el mismo sitio una y otra vez! ¡Y venga dar vueltas al circuito! Los motoristas chupaban de una gomita que partía de un depósito lleno de coñac con huevos batidos. Uno se equivocó y enchufó la goma en el depósito de la gasolina. La moto se detuvo y él siguió carretera adelante haciendo *paf, paf, paf...*, convertido en auténtica motocicleta. Se había bebido toda la esencia, y así llegó hasta Leganés. No es verdad esto, pero pudo haber ocurrido.

A medio día apretó el calor. Una niña, cerca de mí, me miraba con sus ojos dulces. Me hizo un mohín con sus labios también dulces. Debía de tenerlos así, pues tenía en ellos posadas varias moscas.

Ya por la tarde, un gran griterío. Habían terminado las carreras

— ¿Quién ha corrido más, quién?

— Zacarías Mateos en moto Harley-Davidson.

Por algo le quería yo hacer el reclamo... La Harley-Davidson es la mejor, y la que más corre.

Querido amigo don Martín Landaluce: resérveme usted una Harley-Davidson. Es la moto que más corre, y necesito huir de más de cuarenta *ingleses* que tengo...

TRISTÁN ALEGRÍA.

CAÑO LIBRE

Se ha recibido un despacho cablegráfico de Bogotá.

El texto es abundante y el despacho habrá costado un sentido; pero todo se puede dar por bien empleado, puesto que hemos tenido, como españoles, una satisfacción muy grande.

Ahora que se trata de estrechar todavía más los lazos con América, y para ello se piden, como de costumbre, las correspondientes subvenciones del Estado, bueno es que se empiece por Bogotá, y que se empiece en serio.

En el cablegrama se cuenta y especifica que se ha verificado allí

una corrida de seis toros, que los bichos eran de la ganadería de Quijano, y que *Alé* despachó los seis de seis estocadas y cortó dos orejas.

Esto prueba dos cosas: primera, que los toreros se reservan cuanto pueden en las plazas de la Península, porque aquí no hay que estrechar lazos, y en cuanto pasan el gran charco dan todo lo que tienen con el objeto de engrandecer la Patria; y segunda, que si ya no hubiera un cable submarino entre Europa y América, habría que tenderle en seguida.

Porque si las hazañas de *Alé* no se saben a poco de realizadas, pierden mucho.



— ¿De dónde vendrá este rubio?

— A mí m'ha dao en la nariz que del Sudán.

Dib. BILBAO. — Madrid.

El señor ministro de Fomento se ha felicitado a sí mismo y nos ha felicitado a todos, porque se ha aumentado la consignación para conservación y reparación de carreteras.

Asegura el señor ministro que ese aumento redundará en beneficio del Estado, que, gracias a ese pequeño detalle, reforzará considerablemente sus ingresos.

Se trata, pues, de un gasto reproductivo, y los contribuyentes están de enhorabuena, porque por cada peseta que les saquen ahora con ese motivo, les devolverán dos o tres a la vuelta de unos cuantos años.

El ministro se ha olvidado de explicar esta combinación ventajosa, o no ha querido porque no hace falta. El más torpe caerá en la cuenta en cuanto recapacite un poco.

Si las carreteras están bien afirmadas y no tienen baches, circularán por ellas con más facilidad los automóviles y los carros. Si los transportes se intensifican, como se dice ahora, el comercio y la industria saldrán ganando mucho, y a mayores ganancias de la industria y del comercio, corresponde un tanto por ciento más elevado en las contribuciones...

Claro que cualquiera hace el cálculo del aumento de circulación si abunda la grava, de lo que ese aumento repercute en la riqueza pública, y del mayor rendimiento de

los impuestos correspondientes; y que lo más probable será que éste no llegue a la centésima parte de la cantidad que se pide.

Es decir, que puede que los beneficios marren; pero lo que de seguro no marra es el alza en la consignación, que ya no hay quien la quite.

Y no se puede negar que el señor ministro alambica...

✂ ✂ ✂

Un bacilo Gram-negativo no esporulado, un bacilo de grueso esporo ovalar central, un bacilo de grueso esporo polar ovalado, un bacilo Gram-positivo de esporo pequeño polar y ligeramente ovalado, y un bacilo de esporo polar redondo, pero Gram-negativo.

Este fué el resultado del examen bacteriológico practicado con motivo de la muerte de Mr. Le-fevre.

Mi cocinera y yo, que estábamos grandemente interesados en el asunto, nos hemos quedado de una pieza.

SINESIO DELGADO.



Dib. URIBE. — Madrid.

— Doctor, mándeme algo para este brazo, que me duele... y no me duele.
— Le recetaré una pomada, y cuando le duela, hace como que se unta, y no se unta.

TITIRIMUNDILLO

«... transcurriendo unos tres cuartos de hora de amenísima charla, expresando todos la impresión dolorosa que les había causado la miseria de los moradores de las Hurdes.»

¿A eso le llama usted amenidad? ¡El ameno lo es usted!

Programa que interpretó la banda municipal el domingo pasado: Danza macabra, Solo en la meditación, Marcha fúnebre.

Suponemos que los espectadores saldrían llorando a lágrima viva.

Porque el programita es como para ejecutarlo en el Este...

El fondo de El Imparcial: Una pesadilla nacional.

Sí, señor, nacional..., Nacional II, que comienza a ser, efectivamente, una pesadilla.

«En el Matadero se niegan a matar.»

Entonces, ¿qué van a hacer? ¿Dar conferencias sobre temas literarios?

«Los regalos de la novia estarán expuestos.»

No lo saben ellos bien... ¡Expuestos a que se los lleven algunos visitantes!...

Se ha hecho la entrega de diez mil lanzas que ha regalado la Argentina.

En el acto de la entrega debió obsequiarse con cañas de manzanilla, y quizás se hubiera aumentado el número de lanzas.

Porque, a lo mejor, las cañas se vuelven lanzas.

Se halla de paso en Madrid Blasco Ibáñez, que marchará al puerto de Palos.

Es decir, que lo de estar en Madrid es por carambola.

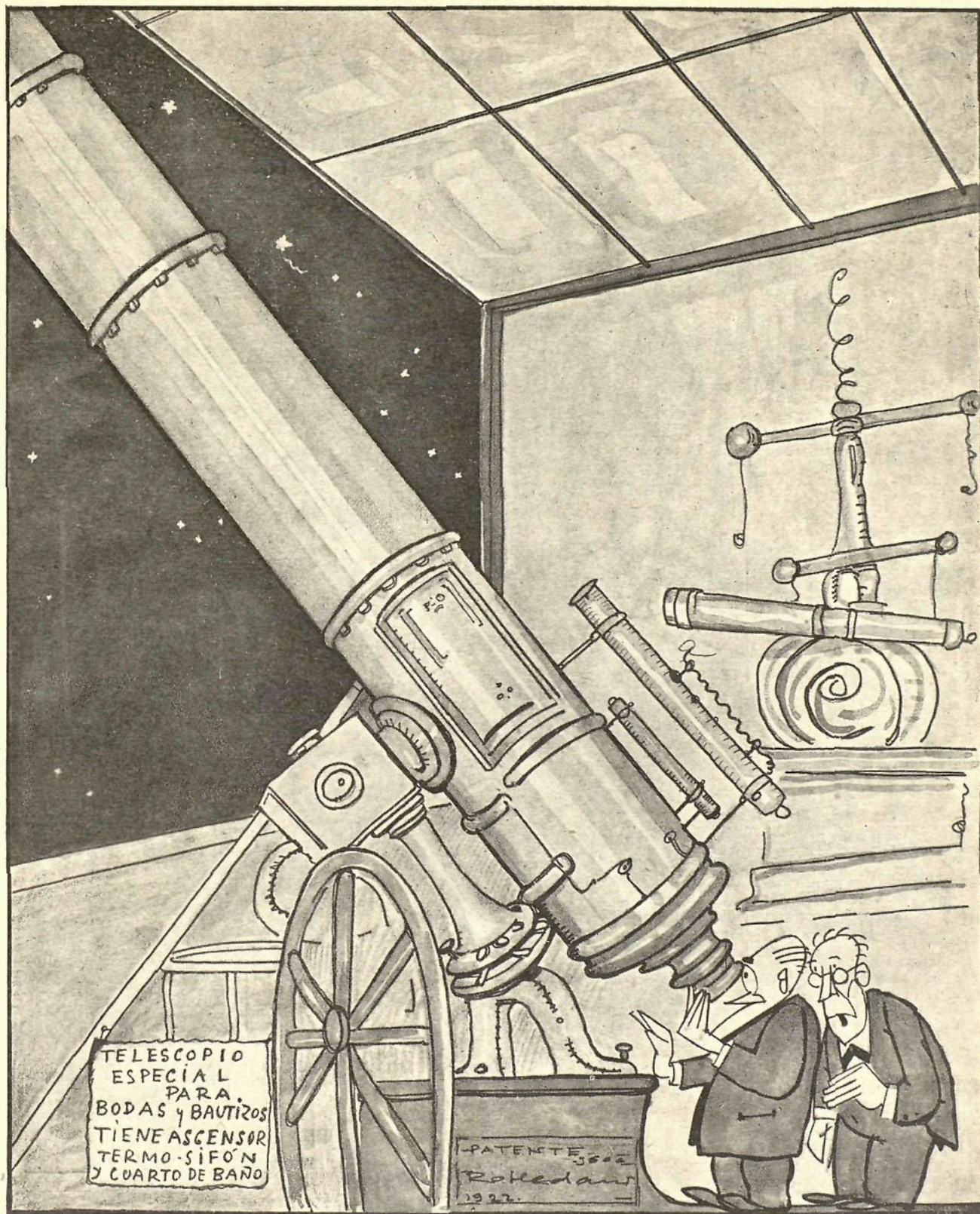
De modo que carambola y palos.

«El movimiento verde.»

¿Lo dice usted por la labor de determinadas cupletistas?

«Declaran dos camareros, y sus declaraciones no tuvieron interés.»

Claro, los camareros no tienen interés más que en el momento de presentar la cuenta.



ENTRE ASTRÓNOMOS

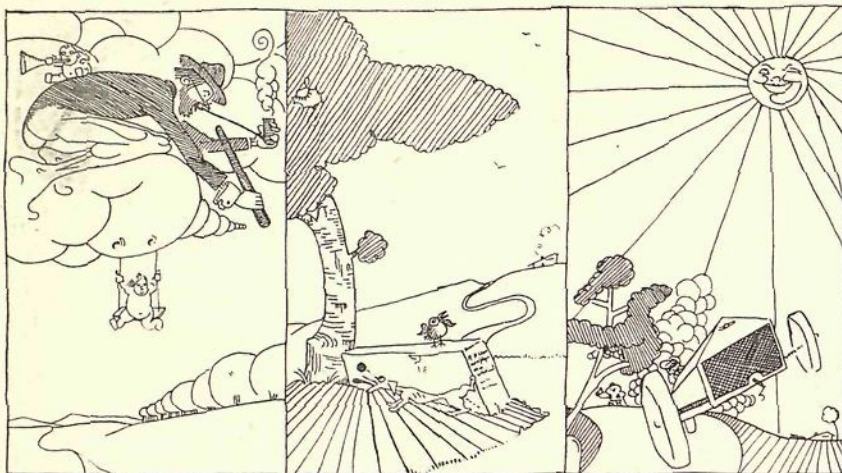
Dib. ROBLADANO. — Madrid.

UNO. — ¡Avanza un planeta!

OTRO. — ¿Es Marte?

EL QUE MIRA (distráido). — ¡No; es jueves!

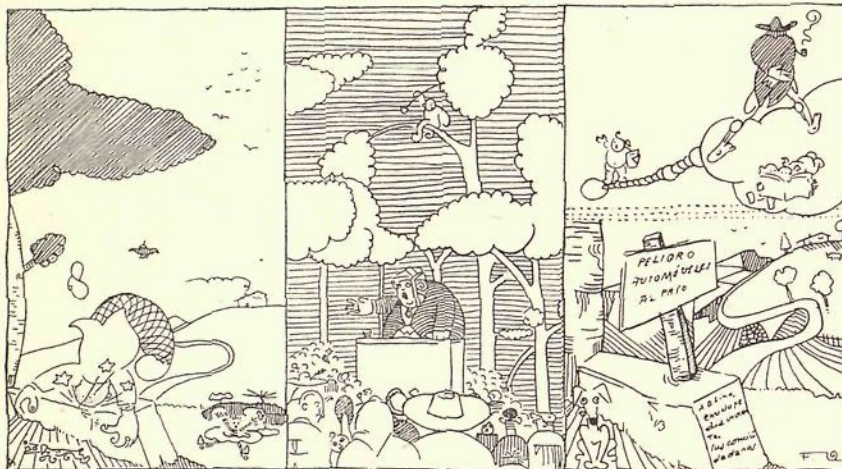
IN MEMORIAM, por ANSUÁTEGUI. — Zaragoza.



Don Lino, bienaventurado hace dos mil años, contemplaba desesperado la soledad

de la primera piedra del monumento a su memoria, que era prodigiosa.

Hasta que quiso la velocidad que alguien, contra su voluntad, se fijara,



quedándosele grabada en su cabeza tan fuertemente,

que no paró de hablar hasta conseguir que todos se fijasen;

sobre todo el bienaventurado, desmemoriado fatalmente.

TANGUISTAS

En el café nos asaltan como moscardones. Son las tanguistas de nuevo cuño, que han comenzado a invadir a Madrid después de haber invadido completamente a Barcelona. A civilización de cocido, mujeres de fregadero. Las pobres, con sus trapitos, con sus sombreros, dan la sensación de que acaban de abandonar la colada, y que se han escapado de casa al café vistiendo los trajes de la señorita.

La tanguista española es la cosa más absurdamente pintoresca que puede describirse. No sabe hablar. No sabe reírse. No sabe moverse.

No está iniciada en los secretos del *flirt* ni de la más vulgar galantería. Adopta, la pobre, entre palabras ordinarias, una actitud plebeya. Nos tutea a las primeras de cambio. Se apodera de nuestros objetos, de nuestros papeles, de nuestro bastón, de nuestros guantes. Nos mete las manos en los bolsillos. Nos pide cinco pesetas. Nos sonríe con las miradas de siempre, y por un café con tostada, o por la promesa de una cena que se aplaza *sine die*, agota todo su repertorio de lavadero. Es indiscreta y agresiva, habla en voz alta, manotea como se manotea en la plaza de la Cebada, y sabe los trucos, los *timos*, las me-

meces y los colmos del día. Nos abrumba con su facundia insoportable. Descubre la hilaza de su parentesco con Maritornes. Lleva la capa como si fueran percha sus hombros; parece que el sombrero o el gorro se han caído a su cabeza desde un quinto piso; prefiere los colores chillones, las joyas falsas; es toda de talco y de estopa esta pobre tanguista que ha comenzado a invadir Madrid para recreo de los niños *mal* de las cosas *bien*, de las niñas *bien* de las cosas *mal*, de los botarates que nos envía la provincia, de los pollos civilizados y de los obreros chulillos que han ganado cinco duros a cinco pases en el *baccara*.



El Madrid del nuevo rico nos ha traído esta novedad. En Barcelona, el *cabaret* es exótico; pero en Madrid es más exótico todavía. En este Madrid, en la capital de la Mancha, y de los churros, y del aceite hirviendo, y de las pitangas, y de las cuestas, y de las blasfemias, y de los carreteros, y de las patronas, y de las pescadillas, y de los coches de punto. París no entra por nosotros ni en nosotros. Lo que penetra es Tarascón con Tartarín. Tartarín se hace político, y surge un Sánchez Guerra. Se mete a policía, y aparece un D. Millán. Le da por escribir, y nos topamos con un Alejo Hernández. Se convierte en tanguista, y nos tropezamos con una Camelia, con una Rosita o con una Encarna, que están pidiendo a gritos el cuidado de la cocina, de la colada o de la policía de los vasos de noche.

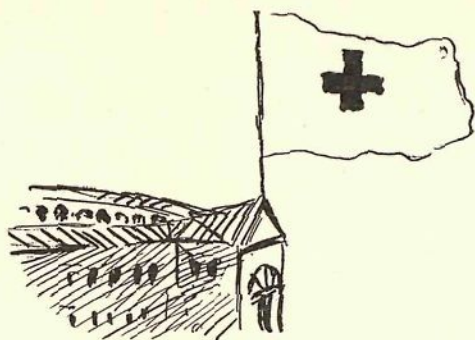
José SÁNCHEZ ROJAS.

No deje usted de adquirir hoy mismo el
CATÁLOGO HUMORÍSTICO DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

publicado por

BUEN HUMOR

Precio: 75 céntimos.



La bandera hidrófila

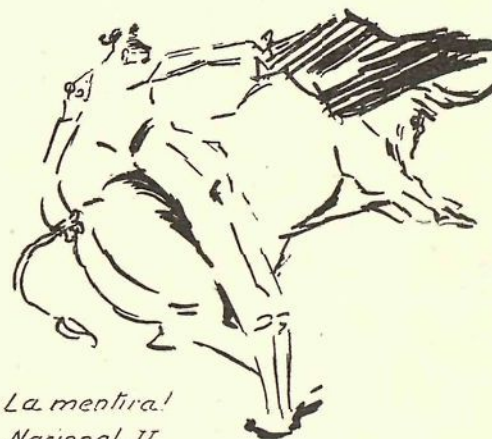


El único lógico el toro

¿No es la corrida á beneficio de la Cruz Roja?
Pues a la primera vara picador a la enferme-
ria, para que funcione la Cruz Roja!



La verdad en la corrida de la
Cruz Roja
Fortuna toreando en los cuernos,
no precisamente de la luna



La mentira!
Nacional II

(a) El Trágico, toreando en los cuartos traseros
del toro porque hasta ahora ¡allí! no hay
cuernos



La corrida de Tabernero

Lo peor de la Cruz Roja,
Marcial con su delantal



De la corrida de
Tabernero
Un toro cojo
mas bravo
que el conde



Retrato del toro Barbero
Héroe de la corrida del
domingo pasado

Ruana



El público ovaciona
al toro Barbero, muer-
to, porque se dejó ater-
mentar con bravura

LA CORRIDA DE LA CRUZ ROJA Y LA ÚLTIMA DE ABONO, por RICARDO MARÍN.

DIVULGACIÓN HUMORÍSTICA

¡HAY QUE VER LO QUE SE INVENTA!

(Referencias veraces, si que burlescas, de los grandes aciertos de los hombres.)

EL GLOBO

¡Oh, la suegra!... Preguntad por la suegra desde Boccaccio el mordaz a Pérez Zúñiga el inagotable, pasando por Taboada el famoso, y en todos veréis casi la misma definición de la suegra. Temperamentos

regocijados los tres, tórnanse ceñidos y agresivos al tratar de la mamá política. Todos cargan la mano en sus defectos, todos la increpan y, ¡ah, señoras, señores, niños y militares sin graduación!, todos la calumnian.

Porque no hemos de negar que en el acervo moral de la suegra pesan calamidades infinitas; pero no es menos innegable que suegras feroces, suegras *inenarrables* han sido causa de extraordinarios beneficios. Múltiples ejemplos podría ofreceros nuestra cultura vasta... ¿Hemos dicho que vasta? Pues bas-

ta. Leed, y asombraos. Asombraos, yernos irreconciliables. Asombraos y esculpid esta historia de una suegra. Nuestros elogios hacia ella os harán el mismo efecto que si os hubiereis tragado un pelo. No importa. ¡Esculpid!

Pepe Montgolfier — fabricante de la clase de papeleros en la villa de Annonay (Francia), allá por el año de 1783, aun no se sabía nada de Pastora Imperio, diga lo que diga Luis de Tapia — era un muchacho que tenía algún talento, una bella mujer y una suegra que..., ¡buenol!, empalmen ustedes desde la suegra de Tarquino a la del señor Venancio el Cojo, que debe su imperfección a una genialidad (de roble) de su mamá política, y se harán un croquis de lo que era la suegra de Pepe Montgolfier. Tal vida le daba, tan en ridículo ponía constantemente al infeliz papelerero, que en Annonay todos afirmaban que estaba haciendo *mal papel*. Propalóse el rumor, y se inició la ruina de la fábrica, arreciando así los disgustos con la suegra, que convirtió en secuestro el martirio del amigo Montgol.

Una mañana, tras una escena de *tragedia rambaliana*, Pepe, creyéndose solo, dió en pensar en voz alta:

— ¡Esto es inaudito! — gritaba en correcto francés —. ¡Superior a mis fuerzas!... ¡Nada, nada!... ¡Decididamente, yo me evado, yo huyo, yo me las piro de este infierno!...

En esto, la voz de la suegra, que escuchaba oculta tras cinco resmas de papel *couché*, tronó sarcástica:

— Huír, ¿eh?... ¡Te vas a ver en globo!...

— ¡Ah, qué idea! — se dijo por lo bajo Pepe —. ¿En globo? ¡Es muy posible!

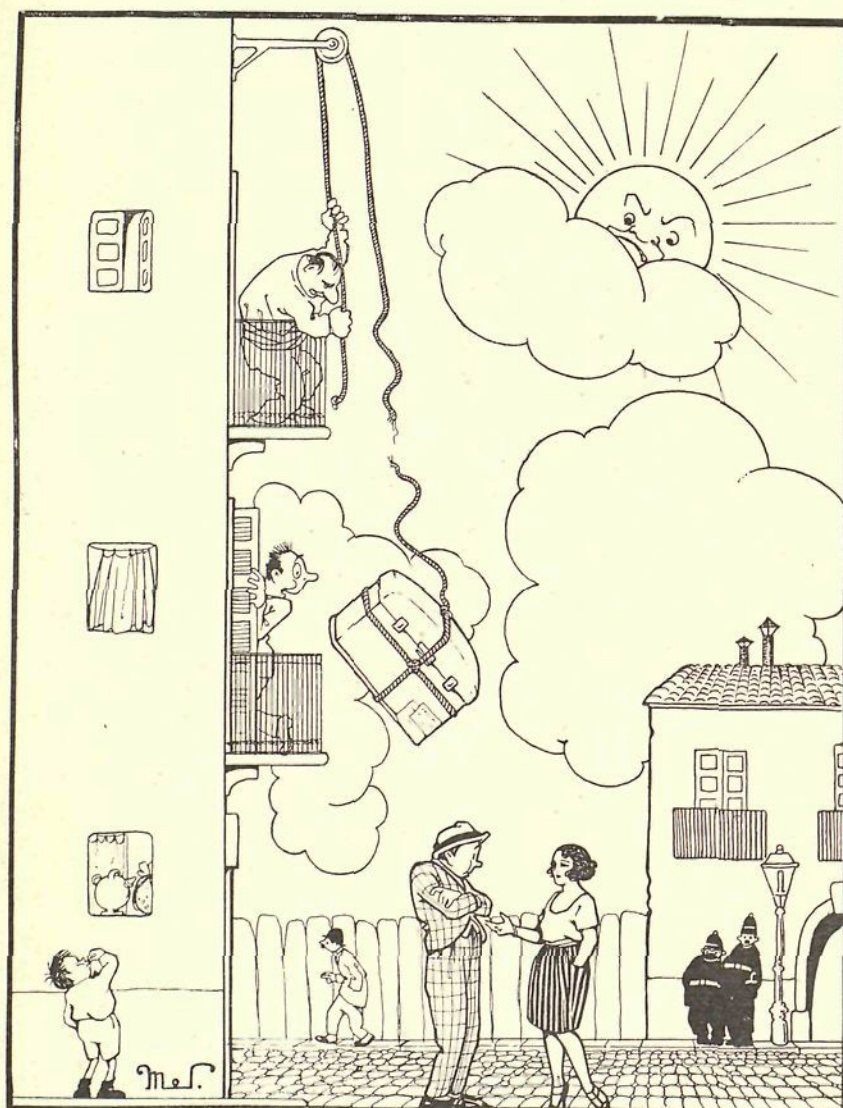
Y lo inventó.

El 4 de junio de 1783 hizo el primer ensayo, llenando el aparato de humo y elevándose a más de quinientos metros, entre las aclamaciones del pueblo y la indignación de su suegra, que estuvo a punto de inventar el aeroplano para que no se le escapara su presa.

Y si no lo inventó, fué porque pegó un estallido a consecuencia de un ataque de bilis.

¡Como que para aguzar el ingenio no hay como el deseo de hacerle las diez de últimas al prójimo!

F. RAMOS DE CASTRO



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¡Hombre, no te pongas así!... ¡Pues ni que se te fuera a venir el mundo encima!...

TRANSMIGRACIÓN

(CUENTO)



¿Ué, no cree usted en la transmigración de las almas? No sé qué género de dudas puede a usted ofrecerle. Yo, por mí, tengo el más absoluto de los convencimientos.

Las almas pasan de unos cuerpos a otros, inferiores o superiores, según los merecimientos que han hecho.

A veces notará usted un marcado cansancio de espíritu: es el alma que está cansada de correr cuerpos y más cuerpos. A mí me suele ocurrir así, y no tengo veinte años siquiera... Tiene usted que convencerse. ¿No tenemos a veces la visión de un paisaje exótico que no hemos visitado nunca y que, al verle reproducido, le reconocemos en seguida? El mismo árbol, el mismo arroyo, la misma choza...

Tal vez esa choza era la nuestra cuando fuimos penitentes o gauchos, profetas o labriegos, en el Tíbet o en la Patagonia. Tal vez ese árbol nos cobijó en Madagascar o en la Selva Negra. Tal vez en ese arroyo calmamos nuestra sed en el desierto, al frente de nuestra caravana.

La historia se repite, porque asimismo se repiten las almas. Porque son las mismas las pasiones, las virtudes y los vicios. Si las almas fuesen nuevas, se renovarían más radicalmente las costumbres, las ideas, la vida toda. Y no: que las almas son viejas, más viejas cada vez.

Recuerdo, amigo mío, un caso que prueba de una manera palpable mi afirmación de convencido. Es un caso vulgar, no un suceso fantástico ni lejano. Su realidad es más rotunda, ya que acaeció a unos kilómetros de Madrid, no hará dos años.

Erase, y va como cuento, un cacique rural, perverso y mezquino, que, por razones ignoradas, abusó de su exagerado poder con un pobre labrador. Hizo con él una serie horrorosa de enormidades: lo envolvió en mil expedientes, le buscó las salidas, le llenó de multas, y le dejó arruinado, confiscadas sus tierras y abrumado por la usura. Llegó un momento en que al pobre hombre le faltaron las fuerzas y se descerrajó un tiro en una sien.

El cacique lo borró de la lista de sus enemigos y se olvidó de él. Esto sucede en España con mucha frecuencia.

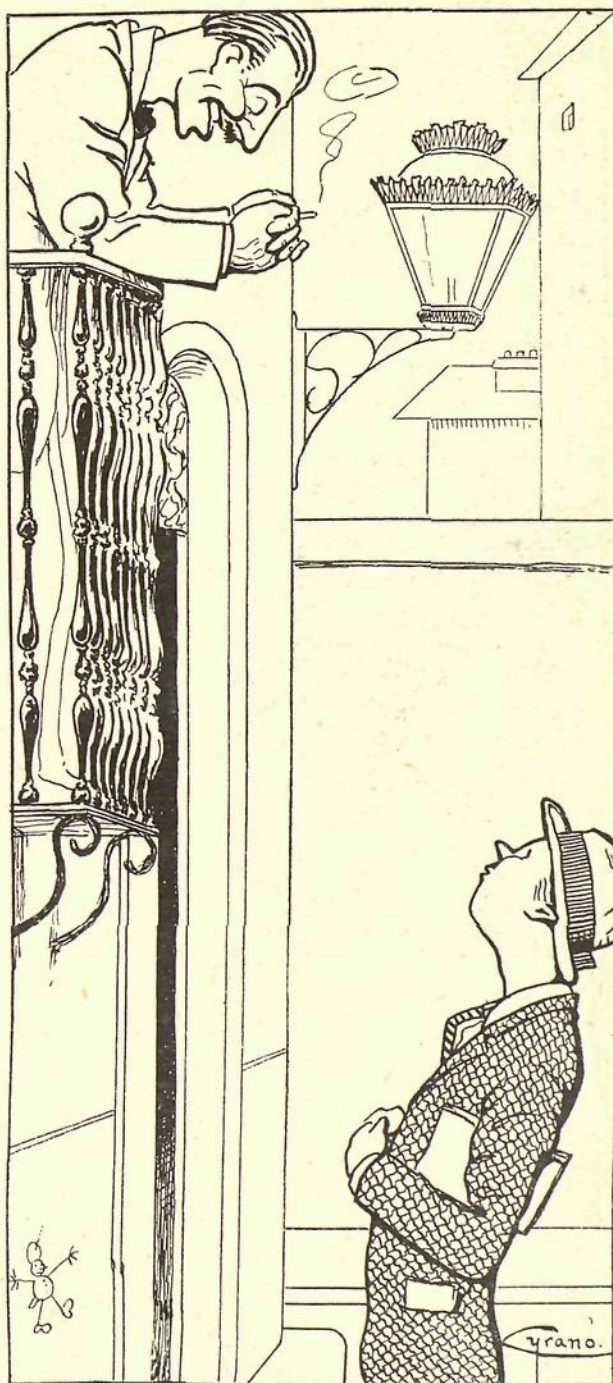
A los pocos años compró el cacique una mula en la feria de agosto.

¡Había que ver la mula! Reluciente, esbelta, un poco zamba, pero con una caída de ojos dulcísima. Trabajo le costó llevársela. Era el ejemplar más codiciado y regateado del mercado. Todas las miradas iban a ella. Pero tratándose de un cacique, no había obstáculo de dinero para él. Se llevó la mula a su pueblo, radiante de satisfacción...

Y ocurrió entonces algo singular: el animal no perdía ocasión de cocear al amo, de echarle por tierra si se montaba en sus lomos y de destrozar en impetuosos galopes sus cuidados huertos. Una verdadera persecución y un constante atentado contra su hacienda. Hasta que un día le precipitó desde la baranda del puente y lo mató.

Diga usted, incrédulo y escéptico amigo, ¿qué otra alma pudo encarnar en el cuadrúpedo, que la del ex-poliado labrador? ¿Cómo se explicaría de otro modo el extraño proceder de la caballería? ¡Ah!...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. CYRANO. — Madrid.

- ¿Qué hay, Pepito? ¿Has terminado tus exámenes?
- Sí, señor; ahora mismo.
- Y ¿qué notas, qué notas?...
- Un mareo muy grande...



EL PAPÁ. — Oiga, joven: hace ya demasiado tiempo que anda usted rondando por aquí, y es preciso acabar con esto. Elija usted: o la mano de mi hija, o el pie de su padre.

Dib. MAZZINI. — Buenos Aires.

Ayuntamiento de Madrid

DEL ORIGEN DEL HOMBRE



Amigo el doctor Körtzen ha tenido últimamente la atención de remitirme, en extracto, su conferencia-resumen del curso, acerca del *Origen de las especies*, y señaladamente de la especie humana, leída por mi insigne amigo recientemente en la Universidad de Jena.

Como hay por ahí tanta gente que no ha podido dar aún con su propio origen, me apresuro a trasladar al público las noticias de que galantemente me hace envío el susodicho doctor: «Señoras, señores — dice Körtzen al comienzo de su conferencia —: largos años de estudio y ahincada meditación me han permitido reunir los modestos datos que hoy vengo a ofreceros...»

Después, con polijidada teutona, pasa a exponer lo substancial de su teoría del origen del hombre.

Hela aquí, sucintamente expuesta:

Expulsados del Paraíso nuestros primeros padres, hubieron de proveer a la necesidad de la vivienda. Solucionado felizmente el problema con el hallazgo de una cavidad natural en la falda de un monte, Adán, para subvenir al cotidiano sustento, se dedicó a labrar la tierra en las proximidades de su guarida. Allí, nuestro pobre padre (q. e. p. d.) se pasaba el día removiendo terrones, cumpliendo así la divina condena: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Pesado y todo como era este trabajo, Adán lo prefería a estarse mano sobre mano, cerca de Eva, todo el día. Porque lo cierto es que había llegado a sentir verdadera antipatía por su cónyuge. Asimismo debemos declarar que ella se había hecho acreedora, y con creces, a tal sentimiento. Cuando iba a nacer Caín, empezaron los caprichitos. Empezó, en una palabra, a padecer Adán.

— Adán, que tienes que hacerme un toldo de raíces para que pueda salir yo a respirar un poco a la puerta de casa.

— Pero, mujer, ¡si tengo que regar las patatas, y...!

— ¿Y qué?... Haces el toldo a la noche.

— Considera que vengo reventado...

— ¡Revienta de una vez!... ¡Qué hombre, señor!... ¿Para qué me habrán casado contigo?

Era lo que se preguntaba justamente Adán. Y como no sabía qué responderse, se encogió de hombros, y, ¡hale!, a trabajar la tierra.

Con el nacimiento de Caín empeoraron las cosas. Coincidió con el invierno, y por las noches Adán había de lavar al crío, pasearlo, y hasta más de una vez darle calor con su aliento.

Pero acabó por cansarse. Y una mañana, cuando apenas apuntaba el Sol, nuestro primer padre, requiriendo la casaquilla de hojas de higuera por todo equipaje, huyó a campo traviesa, antes de que su mujer despertase.

Esta, que se vió así abandonada, se desgañitó durante dos horas lo menos (1). Sin embargo, llegó a resignarse de la inopinada fuga de su consorte. Al fin y al cabo, hombre menos amable... Por otra parte, un gorila de la selva, animal de educación exquisita, se ofreció a desempeñar las funciones que Adán había abandonado. En consecuencia, él roturaba el terruño, lavaba y fajaba al pequeño Caín, y por las noches lo pa-

(1) Se cree que la mayoría de las palabras malsonantes en que así las lenguas muertas como las vivas abundan, fueron inventadas por nuestra protomadre en aquella memorable ocasión. (Nota del doctor Körtzen.)



Dib. LLANO. — Madrid.

— ¿De manera, señor Peláez, que es usted pariente del célebre violinista?

— No, señor. ¡A mí ese violinista no me toca nada!...

seaba para dormirle entre sus brazos, cantándole una «nana» primitiva.

Eva, libre de cuidados, se pasaba, en tanto, las horas haciendo gimnasia para no perder la línea. El pensamiento de que toda aquella confortable paz era debida exclusivamente al servicial cuadrumano, predispuso a nuestra primera madre, insensiblemente, para una simpatía que no tardó en convertirse en amor mutuo.

No la culpemos ligeramente de veleidosa. El retorno de Adán era más que problemático, y, por otra parte, ¿no se ha convenido en que «en el corazón no se manda»?

Por lo que hace a Adán, arrastró una vida misérrima años y años. Al fin, la añoranza del hogar perdido se enseñoreó de él. «Eva — se decía — no es mala; un poco voluntariosa nada más...»

Y acabó por echarse al camino. Anda, anda, llegó a las proximidades de su antigua morada. Un enjambre de criaturillas zambas, chatungas, no muy diferentes, en verdad, al pequeño Caín, pululaba en las cercanías de la caverna. Y a su frente Eva. Eva, que, conmovida hasta las entrañas por viejos recuerdos, se lanzó al cuello del recién llegado:

— ¡Adán de mi vida!

— ¡Eva! — decía él, realmente emocionado.

El gorila, que presenciaba de lejos la escena, se encogió de hombros. Así como así, empezaba ya a cansarle aquella vida sedentaria. Y velozmente, sin volver la cabeza, se reintegró a la selva natal...

«Me preguntaréis — añade Körtzen — cómo se compadece mi teoría con las teorías evolucionistas. ¡Ah, señoras y señores!, no olvidéis que las teorías evolucionistas han surgido principalmente en Inglaterra. Y ¿cómo aludir, sin riesgo de fracaso, a las desventuras conyugales de nuestro primer padre, en país tan eminentemente puritano como Inglaterra? En lugar de ello se ha preferido atribuir nuestro origen exclusivamente a la evolución. De este modo el honor de la especie quedaba a salvo; pero es que el honor...»

Aquí el docto conferenciante se enzarza en un concienzudo análisis del honor. No será yo quien invite al lector a seguirle. Basta con lo arriba extractado, por vía de humorismo, para que el público se forme, en general, una noción aproximada del espíritu que informa los trabajos de nuestro eximio amigo, a quien, por lo demás, deseamos larga vida y copiosos descubrimientos.

ANSELMO REGUERA.

LAS DE CACHUPÍN

ENTREMÉS RÁPIDO



EN la reunión se están aburriendo ya todos. Han bailado, cantado, tocado — en todas las acepciones de la palabra —; han contado chistes, jugado a las prendas, etc., etc., ¡y no son todavía más que las siete! Doña Carola, la dueña de la casa, no sabe qué inventar para que no se marchen aquellos pollos, entre los que figuran los futuros novios probables de sus ¡¡ocho!! hijas. Al cabo, recurre a

dar la lata a Rafaelito, tobillero melifluo y sonrosado, siempre complaciente, y le convence para que improvise unos juegos de manos.)

RAFAELITO. — Le advierto a usted, señora, que no sé si me acordaré...

DOÑA CAROLA (encantada). — Usted lo hace todo bien, amigo mío. ¡Empiece, empiece, que se impacientan!

RAFAELITO (con sonrisa de mártir). — Un momento, señores. Necesito varias cosas para el truco que voy a exponer a la consideración de ustedes. Poca cosa: un reloj de oro — tiene que ser de oro, precisamente —, un litro de leche sin hervir, una docena de huevos, un

poco de tinta, un sombrero de copa y un martillo. (Tose.)

(Los presentes se felicitan y relamen de lo que van a ver. Al rato está allí todo lo que el prestidigitador requiere; el reloj y el sombrero se han sacado de un armario, y lo restante lo porta una doméstica en artística bandeja desde la cocina.)

RAFAELITO (en plena fiebre de charlatán de feria). — Voy a cascar los huevos y a revolverlos con la leche dentro del sombrero; ya ven ustedes que está bien vacío, ¿eh? (Lo enseña a todos.) Luego echaré la tinta y el reloj, y lo machacaré para que todos oigan cómo se deshace en el fondo... Después, ¡ah, después! Después... (tose nuevamente) sacaré: los huevos, enteros; la leche, blanca y con su nata correspondiente; la tinta, en su frasco, y el reloj, andando y con hora fija. Bastará para todo ello que cubra con un pañuelo el sombrero y diga unas palabras en esperanto... (Alegria de todos, y palmoteo. El pollito hace todo lo que ha explicado, y requiere el martillo.)

DOÑA CAROLA. — ¿Y ahora?...

RAFAELITO (con gran naturalidad). — ¡Van ustedes a ver la gran maravilla, el escamoteo sin trampa, lo nunca visto! (Machaca todo concienzudamente. En el fondo del sombrero ha quedado un agua pesada y negruzca que chapotea el martillo activo. Se oyen los golpes metálicos de las diferentes piezas del destrozado reloj, hechas trizas. Por fin cesa el martilleo, y el oficiante pide una harpillera... Silencio sepulcral.)

RAFAELITO. — Ahora... (Retrocede un tanto, pasándose la mano por la frente; tose otra vez; hace un cigarro con temblones dedos). Ahora... (Ha palidecido algo, aunque resulta un tomate si se le compara con la lívida doña Carola.)

VARIAS VOCES. — ¡Venga de ahí!... ¡Ande, Rafaelito!... ¡De prisal!... ¡Menos preparación!...

DOÑA CAROLA (moscovita). — ¡Siga usted, hombre de Dios!

RAFAELITO (con acento trágico, que disimula la involuntaria sonrisa que frunce sus labios). — Señora... Crean ustedes... Yo... Les juro... ¡¡No me acuerdo!!

(Doña Carola sufre un síncope.)



Dib. MEN-DR. — Madrid.

— Robustiana, prepara el bicarbonato, que parece que siento algo de ardor en el estómago.

Telón rapidísimo.

NARCISO GRIFOL.



CAPÍTULO PRIMERO

La subasta.

Cuando comenzó la subasta del famoso submarino Peral, todo el mundo estaba emocionado. Hasta el ujier encargado de poner orden en el local temblaba en secreto y dejaba caer tres furtivas lágrimas en el vacío, mejor dicho, en el salón lleno de público. El lugar donde se celebraba este importantísimo acto era un local espacioso, construido *ad hoc* en forma de pera, sin duda en honor del insigne inventor. En la parte desahogada se hallaba tras una mesa el tribunal subastador, y el público, quizás más desahogado que el tribunal, ocupaba la parte más estrecha.

El presidente, con voz solemne, dirigiéndose al auditorio, dijo:

— Señores, el submarino que se va a subastar en este acto es la obra maravillosa de un ingenioso ingeniero que, tras de profundos estudios, llegó a descubrir los secretos de la mecánica, cubriendo de gloria póstuma a la ciencia española; pero el Estado, obligado por razones de peso (seis toneladas y dos kilos), efectúa esta subasta, invitando a los amantes del progreso, a los amantes de la ciencia y a los amantes desgraciados... a adquirir este submarino portentoso, capaz él solo de dar la vuelta al mundo y quedarse después tan fresco. Además, debo hacer una advertencia, y es que, dado el enorme valor de tan sorprendente aparato, no se admiten pujas menores de treinta y cinco céntimos. He dicho.

— ¡Yo doy mil pesetas!... — clamó una voz levantina, pues fué la primera en levantarse.

Todo el mundo miró al primer postor: era un señor delgado, con juanetes, cara rechoncha, pelo castaño y uñas de Carey. Su voz, armoniosa y clara como de huevo, y su andar, pausado y leve, semejava a la rozadura de la zarzamora sobre el ópalo; tenía además una dulce mirada como de sacarina. Su traje era algo extraño; vamos

AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

a describirle: llevaba unos delicados zapatos holandeses y calcetines color castaño con listas del mismo color; el pantalón era de pana... ma legítimo, y el chaleco de piel de nutria, del cual pendía una cadena de amorita (metal desconocido todavía para la presente generación).

Además, no debemos dejar pasar por alto una singular circunstancia: aunque casado, era algo enamorado todavía.

Al primer momento de emoción siguió otro de curiosidad, y después siguió la subasta, y siguieron las pujas.

— ¡Yo doy tres mil! — dijo otro caballero de industria, pues se dedicaba a la construcción de embudos metálicos sistema hueco.

También vamos a describir este personaje, digno, como toda persona decente, de nuestra pluma: al contrario del otro, no era gordo ni llevaba cadena de amorita; lo que sí llevaba eran los calcetines color café con listas de la Lotería; cubrían sus ojos unas soberbias gafas ahumadas, y su cabeza, en aquel momento descubierta, presentaba una soberbia calva, la cual le daba cierto aire de distinción y elegancia; su andar era menudo y sencillo, y sus palabras tenían la brusquedad del casero, aunque algo atenuadas por las circunstancias de emoción que sentía.

Todo el público vió en estos dos caballeros los paladines que habían de luchar por el submarino; pero ninguno pudo adivinar cuál de los dos...

Sería el mortal dichoso que lograra con su audacia poseer tan grata joya, que los mares admiraban.

(Como dijo el insigne Moreto a un amigo mío en confianza.)

— ¡Cuatro mil! — exclamó el primero.

— ¡Cinco mil! — arguyó el segundo.

Aun se mezclaron algunos otros a pujar; pero pronto llegaron nuestros héroes a cantidades tan altas, que los pequeños capitalistas abandonaron la lucha, dejando solos a los dos primeros postores. Y ocurrió lo inevitable: el hombre de la cadena de amorita logró hacerse dueño del submarino por la ilustrísima y excelentísima suma de cien mil pesetas sevillanas.

Llegando orgullosamente a la mesa, sacó del bolsillo un pesetón, y poniéndolo ante los atónitos ojos de los subastadores, dijo:

— Esto a cuenta; mañana les daré el resto.

Y el público, mientras desalojaba el salón, comentaba la principesca manera de proceder del hombre de la cadena de amorita.

CAPÍTULO II

Norton, Desnancer y Nettel.

Cuando el misterioso caballero de la cadena de amorita salió a la calle, iba sudoroso, y para tomar algún descanso, penetró en una cervicería próxima. Sentóse sonriente, pensando en su triunfo; pero pronto reparó que en otra mesa próxima a la suya descansaba también su enemigo.

Al verle, su primera idea fué salir a la calle; pero el caballero de industria, súbito, se acercó y le habló de esta manera:

— ¿Tenía usted interés en adquirir el submarino, o fué sólo un capricho?

— Lo he comprado para hacer un viaje al otro mundo...

— ¿Querría usted llevar pasajeros?

— Según las circunstancias y las condiciones.

— ¿Y si yo fuera uno de ellos? Advierto a usted que soy el inventor de la conocida *Cuenta del carpintero del arte de amar, de Ovidio*, y de la hélice centrífuga.

— ¿Y qué es eso?

— Le diré: un aparato que tiene la propiedad más colosal que se ha inventado, dotado de una ductilidad no igualada hasta el día; puede dar dos millones de revoluciones por minuto: así que, deteriorada alguna de sus aspas, no pierde el movimiento giratorio, efectuó de la velocidad adquirida.

— ¡Está bien! Pero ¿para qué quiero yo ese aparato?

— Aplicado al submarino, podemos darle un impulso de velocidad enorme. ¿Cuándo quiere usted que lo probemos?

— Perdonen, señores — exclamó otro personaje, acercándose a los interlocutores —. He oído su conversación, y pienso que les falta para ese submarino una cosa, de la cual soy yo el inventor. Poseo unas alas de aluminio que, al igual de las de los pájaros, se pliegan y extienden, y aplicadas a ese portentoso aparato, le harían remontarse en el aire y cruzar los espacios. Basta decirles a ustedes que, en los primeros experimentos, con un modelo de juguete, me vi elevado al techo con tal velocidad, que me herí en la cabeza con el

clavo de la lámpara de mi gabinete; y hubiera estado pegado a dicho sitio largo tiempo, a no ser por un vecino cariñoso que me alargó la cómoda, y agarrado a ella pude descender cómodamente. El modelo grande, cuando se despliegan sus alas, tiene tal fuerza ascensional, que puede elevarse hasta la Luna el aparato.

— ¿Y cómo le ocurrió a usted la idea de esas alas? — dijo el caballero de la cadena de amorita, al que desde este momento llamaremos por su nombre de Norton.

— Pues verá usted. Yo he sido chino hace ya muchos años; mi padre era también chino, y los dos vivíamos en la ciudad de Chin-Chin, más vulgarmente conocida por la de los platillos. ¿No le suena a usted?

— ¡Sí, bastante!

— Por entonces tenía yo diez años, y me dedicaba al estudio de la mecánica...

— ¿Era usted herrero?

— No me ha dejado usted concluir: me dedicaba a la mecánica celeste.

— ¡Bueno; herrero en el Celeste Imperio!

— No, señor; astrónomo...

Norton no dijo nada; había metido la pata en el espacio... de dos conversaciones.

— ... y por lo cual me pasaba el tiempo mirando a los astros, y de tanto mirar al cielo, me fijé impensadamente en las aves, sobre todo en cierto maravilloso volátil que tenía una propiedad extraña: se dejaba caer como una masa inerte, y cuando tocaba apenas el suelo, abría las alas y se elevaba majestuosamente. Pasaron los años, y olvidé mis estudios astronómicos y volatineros; pero siempre recordaba aquel rápido elevarse del avechicho. Ya siendo francés (posteriormente dejé de ser chino), me encontraba en París en situación apurada, en vísperas de ahuecar el ala, y teniendo tal vez que hacerme el sueco, cuando una tarde el americano Santos Dumont

dió una vuelta misteriosa alrededor de la torre Eiffel, y esto trajo a mi memoria el vuelo chino de aquella ave extraordinaria. Resuelto a todo, pedí más dinero, y entonces fabriqué las famosas alas; y más tarde, engañando a un sastre, logré ver sus maravillosos resultados: desde la misma torre Eiffel se arrojó el sastre al campo de Marte..., que para él fué campo de muerte, pues, olvidándome decirle cómo se desplegaban, cayó y se rompió la cabeza. En honor a la verdad hay, que hacer constar una cosa que ocultó la Prensa: las alas no habían padecido nada con el trastazo; tanto, que al llegar la noche toqué el resorte y éstas se abrieron fácilmente, elevando el cadáver al infinito. Viendo este resultado satisfactorio, hice otras pruebas, las cuales, después de varios ensayos, me demostraron el gran poder ascensional de mi aparato.

— Señores — dijo Norton —, si esos inventos son ciertos, me alegro en el alma haber entablado conocimiento con ustedes, pues vamos a lanzarnos a un sinfín de aventuras colosales. ¡El mundo es nuestro!

Y abrazándose los tres cariñosamente, en el colmo del entusiasmo, se fueron sin pagar al camarero.

CAPÍTULO III

Examen del submarino.

Sonando las tres de la mañana en la taberna del Mirlo Azucarado, los tres amigos se presentaron en el arsenal para hacer el pago del submarino. Entregada la cantidad restante por Norton, fueron conducidos a presencia del cetáceo de metal. Tenía éste una longitud de treinta y cinco metros por unos doce de alto en su parte más ancha; a los extremos se iba adelgazando; terminaba por un lado en punta, y por el otro en una esfera ovalada y un poco cilíndrica en su centro. En este lugar llevaba un gran cristal, quizás de

aumento, para que el que viera el aparato desde fuera le imaginara de proporciones gigantescas.

Estaba algo usado y mohoso por efecto del tiempo, y le faltaba un tornillo junto a la clavícula; además, portaba algunas inscripciones, hechas tal vez con las antenas de alguna merluza o con la espada de algún pez martillo.

Pidieron una escala, porque la entrada estaba en lo más alto; mas no teniendo ninguna a mano, sacó Norton un escalafón de Hacienda, y por él subieron más de prisa que los allí sentados (y es natural, pues sentado no se sube bien). Ya en la cubierta (podemos llamarla así, porque estaba cubierta de moho), buscaron la entrada; pero ésta se hallaba tan disimulada, que tardaron su buena media hora en dar con ella.

Una vez resuelto este problema, se les presentó otro. ¿Cómo abrirla, si no tenían llave?

— ¡Tal vez con una llave inglesa! — dijo Nettel.

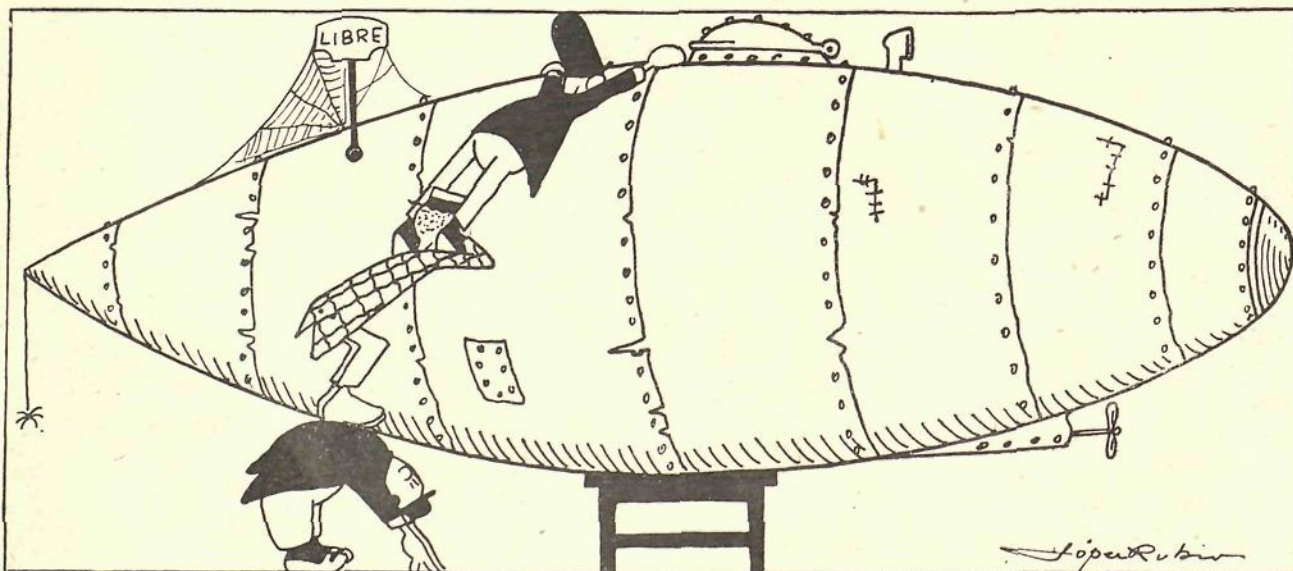
— Lo mejor sería una llave maestra — dijo Desnancer.

— Y si no, con la llave de mi casa de Caspe — dijo Norton.

Y, en efecto, sacó una del bolsillo, y, ¡oh casualidad humana!, la llave de Norton abría la entrada. Es decir, que un invento tan colosal había estado a merced de una llave de pueblo.

Descendieron majestuosamente por una escala de corcho; sus pasos no se oían, pero sí el latir de sus emocionados corazones. En aquellos momentos iban a ser dueños del secreto, y, al mismo tiempo, iban a pisar el lugar donde un sabio vivió sus grandes esperanzas y soportó los más grandes sinsabores. Siguieron bajando: como el corcho no marcaba el ruido de sus pasos, tenían que mirarse a los pies para no perder el compás y caer.

(Se continuará.)



DEL BUEN HUMOR AJENO

LA APENDICITIS, por Cami. =====

ACTO PRIMERO

En casa del médico.

EL DOCTOR. — No hay duda, caballero: usted tiene apendicitis.

EL SEÑOR (*desplomándose*). — ¡Señor doctor, tened piedad de mí!

EL DOCTOR. — Es inútil que se desespere. Una sencilla operación le librará de todo cuidado..., en el caso de que realmente tenga usted apendicitis.

EL SEÑOR. — ¡Cómo! ¿No está usted seguro?...

EL DOCTOR. — Antes de que el vientre esté abierto, no podemos hacer más que suposiciones, ¡caramba!

EL SEÑOR. — ¿Y cuando esté ya abierto?...

EL DOCTOR. — En tal caso, si no existe apendicitis, la operación es mortal; pero si por casualidad se trata de esa dolencia, ¡oh!, entonces la curación es probable y seguro el triunfo de la ciencia.

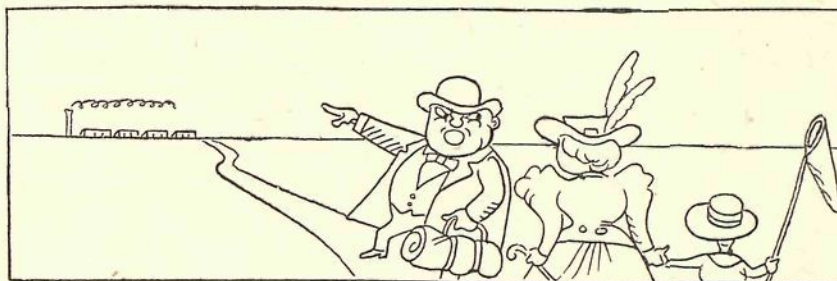
EL SEÑOR. — ¡Maravilloso! ¿Cuándo necesitare operar?

EL DOCTOR. — En seguida. Vaya usted a casa del célebre cirujano Tranchat.

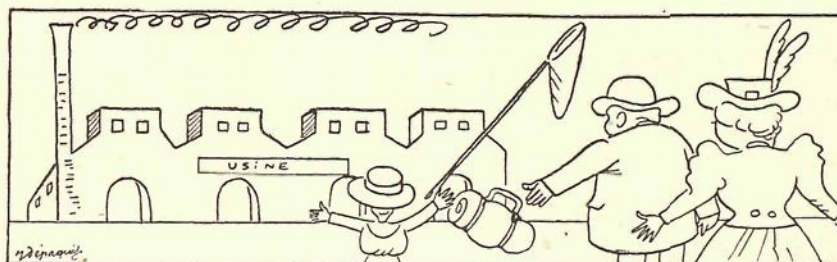
EL SEÑOR. — ¿Cuánto me llevará?

EL DOCTOR. — Yendo de mi parte, casi nada: unas diez mil pesetas.

EL SEÑOR. — Voy corriendo a dar el golpe en casa del famoso cirujano.



— ¡Daos prisa!... ¡Vamos a perder el tren!...



¡.....!

(De Le Rire. — París.)

EL DOCTOR (*espiritual*). — Eso es: golpead... y os abrirán..., os abrirán en canal.

usted? ¡Yo no mato para robar, sino por distraerme! ¡Estoy neurasténico! (*Hunde su cuchillo en el vientre del señor.*)

ACTO SEGUNDO

Una calle desierta.

EL SEÑOR (*que corre a casa del cirujano, ve un apache con un cuchillo en la mano*). — ¡Piedad, señor apache! ¡He aquí mi bolsa!

EL APACHE. — ¿Por quién me toma

ACTO TERCERO

En el hospital.

EL CIRUJANO DE SERVICIO (*examinando al señor*). — ¡Vaya un caso curioso! El cuchillo del apache le ha cortado a usted el apéndice limpiamente.

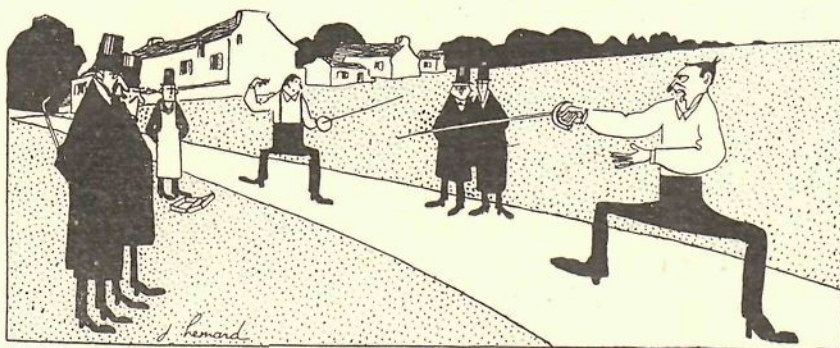
EL SEÑOR (*gozoso*). — ¡Ah!... ¡Y yo que iba a desembolsar diez mil pesetas por extirparme ese pedazo de intestino!

ACTO CUARTO

Ante el Tribunal.

EL PRESIDENTE (*leyendo el veredicto al apache*). — Después de deliberar, el Tribunal absuelve al acusado por su tentativa de asesinato; pero le condena a seis meses de prisión por ejercicio ilegal de la Medicina.

M. V.



UNO DE LOS DUELISTAS. — Se me está ocurriendo una idea. Estas espadas, ¿no son demasiado cortas?

(De HEMARD, en Le Rire.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa que se nos envíe, debe dirigirse al apartado de Correos número 12.142.

Una gatita. Madrid — Trabaje usted un poco más, pues el dibujo es muy gracioso, aunque un poco ingenuo. Usted puede llegar a dibujar muy bien. El chiste es inocentísimo. ¿Cree usted que hay alguna señorita que no sepa lo que es *fular*?

V. H. L. Albacete. — Muy bien. Lo publicaremos.

Uno que no es de la A. — ¿Conque nosotros damos lecciones a todo el mundo y no sabemos escribir, porque ponemos *harpillera* con *hache*? ¡Bueno! A usted le hemos rechazado algún artículo, ¿verdad? Si hubiera usted consultado algún libro antes de escribirnos su postal, sabría que *harpillera* figura en las siguientes obras, que de momento recordamos:

En el *Campano Ilustrado*. (Diccionario castellano enciclopédico, edición de 1915.)

En el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* de W. M. Jackson.

En la sexta edición (1921) del *Método de Ortografía Española* de Martínez Mier, fundado en las modernas reglas y usos de la Real Academia Española.

En el *Catálogo de voces de escritura dudosa* de la Gramática de la Real Academia Española, página 533 de la edición de 1920, línea séptima, columna cuarta.

Y, por último, en el *Larousse*, edición de 1914. Fíjese, ¡hasta en el *Larousse* figura *harpillera* con *h*!, ¿eh?

Si no le bastan estos datos, díganoslo, y le buscaremos otros.

M. H. V. Madrid. — Su artículo *El alma que escribe* no nos ha gustado ni poco ni mucho. Ya hemos dicho muchas veces que no devolvemos los originales. Comprenderá usted que no vamos a hacer excepciones.

Anixal. — *T. Pateo.* — *Cisneros.* — *E. G. O. Madrid.* — *Balaguer.* — *F. Pardo.* — *Jodriguez.* — *Lago.* — *Tal.* — *Pocho.* — *M. Davó.* — *Ese. Madrid.* — *L. M. Logroño.* — *J. M. Vitoria-Madrid.* — *Haimán.* — *E. A.*

CUPÓN

correspondiente al número 31
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

RESULTADO DE NUESTRO CONCURSO DEL MES DE MAYO

Hemos recibido *nueve mil doscientas catorce* cartas con otros tantos nombres de artistas de verso, zarzuela, ópera, bailarinas, cupletistas, etc., etc.

Las artistas que mayor número de votos han obtenido son *María Guerrero*, *Pastora Imperio*, *Argentinita* y *Catalina Bárcena*.

Como ninguno de los concursantes se ha acordado de esa estupenda bailarina que se llama *Laura de Santelmo*, y cuyo nombre era precisamente el que figuraba en la tarjeta, nos vemos en la dolorosa necesidad de declarar desierto este Concurso.

Pero como hemos jurado entregar a ustedes *el bolso o la vida*, estamos cavilando otro Concurso donde puedan nuestros simpáticos lectores demostrar su talento para resolver los más difíciles problemas, y en el que figurará, entre otros valiosos premios, el bolso que no ha encontrado destinatario por esta vez. Es decir, que guardaremos la vida para nuestro uso particular, y, en cambio, entregaremos a ustedes el bolso a la primera oportunidad que se nos presente.

No queremos dejar sin mención un voto que ha obtenido don Edmond de Bries. Aunque nosotros no hemos visto nunca trabajar a esta *estrella*, gloria de la escena española, tenemos entendido que se trata de un caballero, y no de una señorita, como equivocadamente supone su admirador y votante D. A. R. B., de Madrid.

Madrid. — *Cacauts.* *Dar-Drius.* — *Colmena.* — *G. B. Madrid.* — *A. de G. Madrid.* No sirve.

J. G. Tomelloso (Ciudad Real). — Vale poco, amigo. Insista usted.

L. Q. y A. Tomelloso (Ciudad Real). — Pero ¡hombre de Dios! ¿No cree usted que ya es demasiado diccionario? ¡Como si fuera poco lo que hemos dado de más!

Mr. Thap Ohnet. Valencia. — Se agradece. El cuento *Una gloria local*, que nos

es bueno que se tengan esas inclinaciones. A ver si te vemos, al cabo de unos años, hecho todo un literato.

J. M. M. Madrid. — *Galindo. Madrid.* — *J. Zapata.* — *J. Paúl. Barcelona.* — *Pepe y Chunda.* — *Desheredado.* — Los dibujos están bien. Los chistes no tienen gracia. Insistan ustedes.

Trifón. Valladolid. — No nos agradan esas *cisicosas* que nos envía. Lo de Canuto nos resulta hueco.

T. M. Madrid. — No está mal; pero tiene algunos detalles de dudoso gusto. Si pudiéramos eliminarlos...

Milko. Madrid. — Las coplas flamencas arregladas están ya muy usadas. Las ha hecho todo el mundo. A pesar de todo, están bien.

Pacorro. Madrid. — Está uno esperando el golpe final, y sale defraudado. No tiene gracia. En cambio, no debe usted desperdiciar esa observación sobre las Guías de ferrocarriles, que es bastante feliz. ¡Ah! La apostilla de su carta *vale* cualquier cosa.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

CUPÓN NÚM. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.

envía usted firmado por *Curro Vargas* y publicado en *El Debate* el día 23 de mayo de 1922, y que usted acompaña de un cuento de Mauricio Darin, cuya traducción se publicó en *La Correspondencia de Valencia*, por casualidad, el día 15 de mayo (ocho días antes del atentado), es un curioso modelo de desaprensión literaria. Mándenos otros que encuentre. Daremos cuenta de ellos.

E. P. Bilbao. — ¡Para qué vamos a andar con eufemismos! ¡Las cosas, cuanto más claras mejor! Su cuento es una pequeña birria.

M. D. B. Madrid. — ¡Vamos! ¿Para qué nos manda usted esa porquería?

J. L. V. León. — Lo único bueno que tiene es la intención, pequeño. Desde luego hay que empezar por algo, y siempre

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

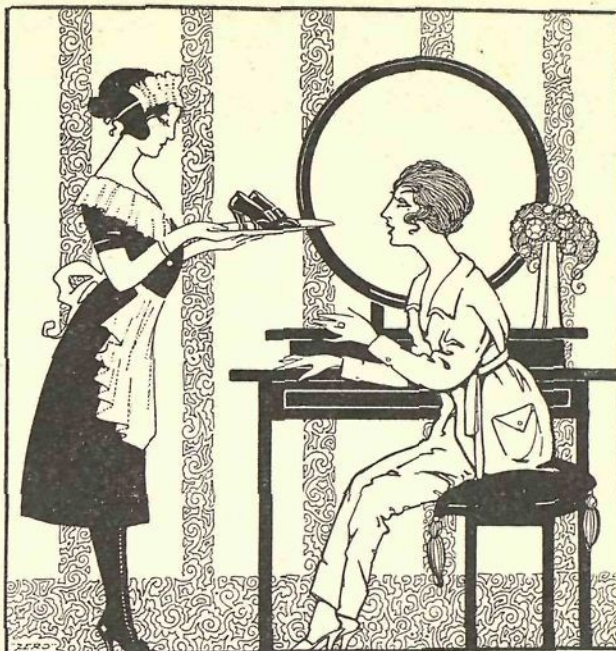
Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)
(Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el **cabello, barba y bigote**. Se preparan para **Castaño claro, Castaño oscuro y Negro**. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden *Blancos, Rosados y Rachel*.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Lo primero es lo primero

Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

EL VIAJERO. — ¡A mí me devuelve usted la mitad de lo que he pagado,
puesto que me deja en mitad del camino!